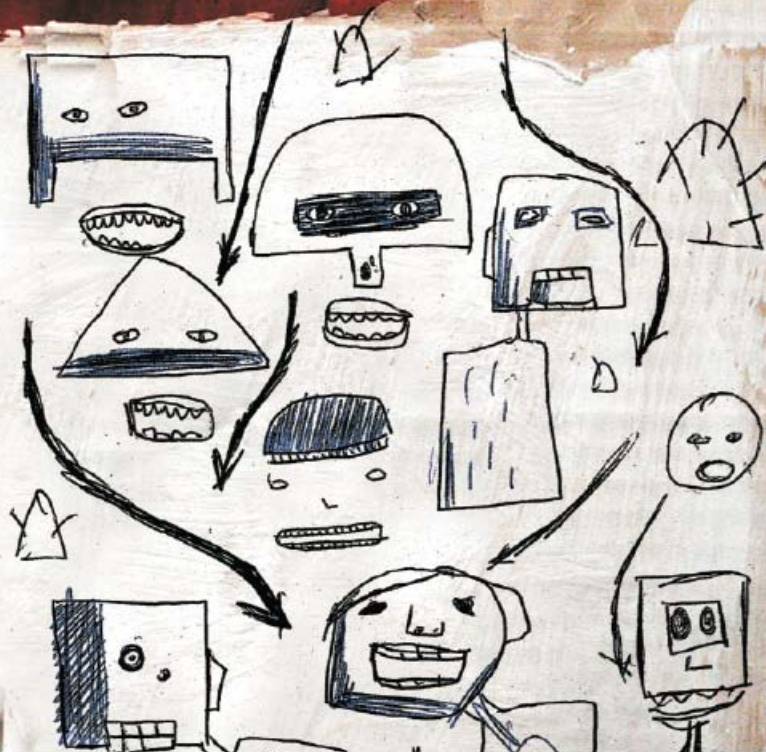


CUENTOS DE OCTUBRE

GILBERTO DA COSTA



ANADAJ



segunda edición
nomada #4



>La forma de las Nubes<

Cada vez que papá preguntaba a Umberto qué forma tenían las nubes que pasaban por el barrio, Umberto contestaba:

—¡Elefantes!

Papá no podía creer que todas las nubes tuvieran trompa y orejotas, pero aun así, los días nublados, siempre preguntaba a Umberto qué forma tenían las nubes.

Una mañana de buen tiempo, con algunas nubes blancas por encima de los tejados, papá llevó a Umberto al zoológico, a ver a los elefantes pintores.

Los elefantes pintores estaban encerrados en una jaula muy grande, y alrededor de la jaula había mucha gente curiosa que quería ver sus cuadros. Cuando llegó Umberto, vio que había un elefante pequeño, con un pincel en la trompa, que estaba dibujando un paisaje: era un cielo con nubes blancas.

Junto al elefante pequeño había un hombre vestido de forma muy extraña, el domador, que se movía de un lado a otro, impaciente, y antes de que el elefante terminara su cuadro, le quitó el lienzo y se lo llevó a los curiosos, que enseguida se lo compraron. El elefante se enfureció mucho: cogió el caballete con la trompa y se puso a dar trompazos al domador, hasta que los guardias del zoo lo apresaron y se lo llevaron.

—¿Qué van a hacer con el elefante? —preguntaba Umberto.

Su papá no pudo contestarle. Lo cogió en volandas y se lo llevó del zoo.

Al cabo de un mes, Umberto pidió a su papá que volviera a llevarlo al zoo. Papá no quería, pero como Umberto insistió, volvieron al parque zoológico una mañana que el tiempo estaba despejado.

En la enorme jaula ya no había ningún elefante pintando.

—¿Adónde se han llevado a los elefantes, papá? —quiso saber Umberto.

El domador, que había oído la pregunta, respondió:

—Se los llevaron a Nueva York, que es una ciudad llena de pintores, y allí los elefantes podrán pintar todos los cuadros que quieran.

Mucho tiempo después, el papá de Umberto volvió al zoo para saber algo más sobre los elefantes. Iba solo; Umberto se había quedado en casa de su abuela.

Papá averiguó que el elefantito había estado en una jaula de pintores, sin comida y sin luz durante varios días. Después, lo habían llevado al circo, pero allí los números eran horribles, y el director del circo volvió a encerrar al animal. El papá de Umberto entendió que el elefante había muerto, porque era sólo una cría y no pudo resistir aquellas condiciones tan duras.

En el limbo, que está a medio camino del cielo, el elefante pintor encontró a otros pintores, que también habían muerto. Había leones pintores, grullas pintoras, camaleones dibujantes, y un sinfín de otros animales que practicaban el retrato, la brocha, el pincel o el carboncillo.

Al día siguiente el cielo volvió a cubrirse de nubes blancas, y aunque parezca raro decirlo, ese mismo cielo estaba más azul que nunca. Umberto pidió a su papá permiso para volver al zoo a ver los elefantes. En la escuela ya le habían enseñado que los elefantes son mamíferos, y a Umberto le picaba tanto la curiosidad que quiso ver un elefante hembra dando a luz a su hijo.

Al cabo de pocos días, su papá lo acompañó al zoo y los dos vieron cómo nacía una cría de elefante, y cómo el domador se la llevaba fuera de la jaula, al veterinario.

—Papá —dijo el niño.

—¿Qué tienes, Umberto?

—¿Los elefantes pintores van siempre a Nueva York?

—No siempre —contestó el papá, un poco agitado.

—Y, ¿adónde van?

—Al cementerio, Umberto, van al cementerio.

—Papá.

—Dime.

—No quiero volver al zoo nunca más...

El papá de Umberto no supo qué decirle. Sólo se le ocurrió dejar pasar el tiempo, y cuando al año siguiente Umberto cumplió doce años, le regaló un cuaderno y un juego de pintura.

Umberto vivió en Nueva York desde los diecinueve hasta los veintitrés años, y en sus paisajes, los rasca-cielos son grandes trompas que apuntan hacia el limbo.

Hay quien cree que la gente puede morir de pena o de disgusto; incluso quien no duda en señalar como causa de la muerte un sobresalto, una impresión del corazón.

Yo no lo creo: sólo voy a contar lo que vi.

Vi morir a Julián Valdini porque se le acabaron las ganas de vivir. Pero los periódicos lo tergiversaron todo –dijeron que había muerto por impacto de bala. La autopsia, en efecto, reveló un proyectil alojado en un ventrículo de Julián, impidiendo que aquel órgano tan delicado siguiera con su cancioncilla –que, dicho sea de paso, ya empezaba a resultar monótona.

Lo que quiero decir es que el corazón es un caminante que nunca se para, que –si le dejaran– deambularía hasta el infinito, porque los hombres son inmortales –y las mujeres lo mismo.

...Lo tergiversaron todo: dijeron que a Julián Valdini lo habían matado unos hampones de la China porque les había chafado su plan perfecto de invasión de Norteamérica. ¿Qué importancia podría tener que Julián fuera ex agente secreto, más tarde nacionalizado italiano por razones que no vienen al caso en absoluto? Para esta historia, ninguna.

Pero yo estaba allí. Es cierto: el chino disparó su arma automática desde el otro lado de la calle; una

ráfaga de balas del calibre 22 silbó por espacio de —digamos— veinte metros, y destruyó los cristales del bar, la puerta, el aparador con la ensaladilla rusa muy fría, una copa, un vaso, el plato de café de Don Cristóbal... ¿Qué más? Sí: aún pasó algo más. El retrato de Sara Montiel que colgaba de la pared del fondo del bar también se quebró y cayó al suelo, inadvertido entre semejante estrépito.

Pero, ¿Julián? Julián estaba apurando su café con leche y tenía el periódico sobre la mesa. Por lo que le conozco, no debía estar mirando el artículo por el que lo tenía abierto. Seguramente le dolía la vida, y cuando la 22mm cruzó la puerta y estaba a punto de besar su pleura, en ese instante, Julián decidió que ya no valía la pena vivir más. Esa membrana que permite que los pulmones renueven entre un cuarto y un tercio de su propio volumen de aire por cada ciclo de inspiración y espiración sufrió un desgarró y se desinfló.

Julián dejó su café con leche sin pagar —cosa que a Gustavo, el dueño del bar, iliturgitano para más señas, no le importó— y olvidó volver a poner el periódico no leído en la barra, donde otros clientes —o no clientes— del bar podrían haberlo cogido.

Así puso fin a su vida.

Se murieron sus ganas de... hacer cosas —porque no hay otra palabra para describirlo—, se murieron sus

ganas de hacer ese tipo de cosas que sólo pueden hacer los cuerpos en los que todavía suenan de forma regular, rítmica, las sístoles y las diástoles, las inspiraciones y las espiraciones, periódicamente, sin artículos ni preocupaciones; cuerpos, en fin, que lo mismo te ponen un café con leche que destapan una conspiración china de alcance internacional.

Pero no sólo eso: Julián también había estado pensando en cosas que no eran su vida, a veces aun durante sístoles enteras, o conteniendo el aliento... cosas que no eran su vida, pero no porque no pudiera hacerlas, sino porque no las había hecho, y en aquel momento justo, en aquel bar de aquel barrio que no era chino ni norteamericano ni ruso, ni fácil de encontrar en un mapa, aunque estaba frío, lo único que sobrevivió de Julián fue lo que había pensado, las cosas —por decirlo así— inhacibles que ocupaban su cráneo —o al menos, tales eran los rumores que circulaban sobre su contenido.

La masa encefálica de Julián pasó, no a mejor vida, sino a la misma vida, intacta, igual de gris e igual de obtusa que en la mayor parte de su inútil vida útil, y la bala de la ametralladora entró en su cavidad torácica, rasgando el tejido epidérmico, luego el mesodérmico, el endodérmico más tarde y, al fin, perforando el tejido muscular estriado cardíaco, y deteniéndose en el fondo de su corazón.

El corazón de Julián dijo "adiós, mundo infiel, a dormir me dedico desde este justo instante".

Sin él —sin el corazón que cantaba dentro de su pecho—, Julián no supo apañárselas para hacer otra cosa que manar sangre por todo el pechote, convirtiendo su camisa en un escándalo ciertamente muy tibio.

El chino vengador aún cree que fue él quien mató a Julián Valdini, y disfruta su recompensa en algún lugar del lejano oriente.

>En Conclusión<

Érase una vez un hombre que siempre tenía razón. Aun a pesar suyo, no podía evitar emitir un juicio acertado cualquiera que fuese el tema de conversación o el debate al que asistiera. Podría pensarse que hablar con él era un aburrimiento, pero, muy al contrario, el hombre que siempre llevaba razón, incluso cansado como estaba de llevarla, reunía multitud de discípulos a su alrededor, que aprovechaban con deleite sus infalibles enseñanzas.

El caso es que, incluso cuando aquel hombre se hastió y juzgó (acertadamente, cómo no) que ya no tenía razón al decir lo que decía, incluso en aquel momento, los asistentes a su confesión tuvieron que concederle que había dado justo en el clavo.

Aquello tan terrible, no tener ya más razón, era exactamente lo que le ocurría.

Nadie podría haberlo negado.

Durante el resto de su vida, aunque se creía a salvo de la abrumadora carga de acertarlo todo siempre, tuvo que ver cómo los demás dejaban de hacerle caso, hasta el punto en que, de una forma directa, sin dubitaciones, rechazaban sus opiniones porque a todas luces había en ellas algo de falsedad, o más a menudo, todo.

Él, en su rígida costumbre de ostentar la última palabra, seguía aconsejando a todos sobre cada asunto

y cada rumbo; inflexible, categórico, y rotundamente falto de fundamento. Para su desgracia, nadie le escuchaba, o aun peor: lo escuchaban atentamente para luego obrar justamente al contrario de cómo él les había aconsejado. Quien más, quien menos, opinaba de forma diametralmente opuesta a la suya.

El hombre que en un tiempo había estado acertado llegó a creerse miserable: según discurría, si en algún momento llegaba a contraer una enfermedad grave o a tener un accidente en el que, sin lugar a dudas, se pusiera en juego la continuidad de su vida, la fatalidad sería que, al sentir tan cerca la muerte y —como suele decirse— “saber” que iba a morir, en buena lógica, se equivocaría, y por tanto su muerte, aunque cercana y amenazadora como suele reconocerse a la que merece ese nombre, no ocurriría de ninguna de las maneras.

El miedo se apoderó de él al juzgarse inmortal, y luego aquel terror fue dejando paso a una confianza ciega en su imposibilidad de abandonar este mundo.

No llegó a saber nunca cuán equivocado estaba al pensar así, pues para comprobarlo, tuvo que, a una edad venerable aunque no fuera de lo común, llegar a morir, perdiendo la capacidad de pensar y —muy en concordancia con lo esperable— también la de acertar o equivocarse en sus conclusiones.

>El buen Padre<

En realidad, el padre que no podía soportar a su hijo expresaba, con su falta de mimos, una forma de quererlo más auténtica, más descarnada, más profunda: el obstáculo en la vida del padre y el hijo era una lucha desigual del padre contra sí mismo y del padre contra las rabietas de su hijo. En la primera, perdía el padre, y en la segunda, igual.

Le había costado años descubrir que no tenía más sentido luchar contra un gobierno tiránico que luchar contra la tiranía de lágrimas que ostentaba su hijo bienamado, porque, al final, la lucha era el único sentido que pudiese tener todo; es decir: la lucha lo era todo y, a la vez, estaba desprovista de sentido. Si, finalmente, la lucha daba como resultado la desaparición del objeto contra el que se luchaba... el buen padre no quería ni pensarlo.

Pero, ¿no era eso lo que realmente deseaba: dejar de luchar?

No. No dejar de luchar, porque no podía dejarlo una vez que había empezado.

Solamente había cambiado su campo de batalla. Había empezado a luchar de una forma diferente, pero ¿dejarlo? Nunca: moriría luchando —de eso estaba seguro.

Había luchado contra su hijo porque, en el fondo, necesitaba afirmarse en su empeño de que la lucha no perjudicaba a su hijo —que no lo beneficiaba, lo tenía muy claro desde siempre. Sin embargo, nunca logró reafirmarse en esa convicción.

Antes de que pudiera dejar de luchar —o cambiar de forma de lucha— su hijo murió en un accidente.

El padre y la madre ya no le encontraron sentido a nada. Ni a lo que habían hecho, ni a lo que hacían, ni a lo que habían tenido que olvidarse de hacer ni a lo que —irremediabilmente— tendrían que dejar de hacer a partir de entonces. Se despidieron, y ahora les preocupa menos lo de sus hijos, que no parecen estar dándose mucha prisa por nacer.

Con razón la abuela lo seguía llamando Antoñico: al final de sus días, mi abuelo era muy pequeño, pero la abuela cometió un error.

Mi abuelo no está muerto. Solamente le pasó que, al correr los años, se fue haciendo pequeño, cada día más pequeño, hasta que ya no hubo Dios que pudiera verlo. Lo dieron por desaparecido, y aun así se celebró un funeral con el cuerpo de otro. Aquello satisfizo las necesidades de duelo familiar.

Ahora escribo mejor, y hace mucho que se me ha pasado el susto, pero en aquel entonces aún tenía un cuerpo de letra pequeño y usaba locuciones guasonas. Guardo una carta que envié a la prisión donde suponía que estaría mi abuelo, y os la transcribo a continuación, tal y como salió de mi puño y letra:

“Señor penitenciente:

Sería usted tan cortéz de localisá mi agüelo? Por mucho que dise que están muerto, que me dijeron cabía muerto l año ante que yo nasiera, yo por mi madre que non me lo creo.

Yo lo que creo que está vivo: lo que pasa e que está mu chequetito, mu chequetito é. Y claro: entonse nai manera vel lo.

Yo pa mi que lan dao por muerto pero en realidá está vivo. Usté no sería tan amable de buscármelo a ve sistá en su cárse? Y yo lo via buscá. Usté no se procupe: yo lo via buscá. Pero que quiero conosel lo. Usté ya mentiende.

Po yasta. Ya se lo dicho. Usté me dirá por carta, ¿no?

Un saludo. De corasón.

El Eugenio"

Claro: mi abuelo no apareció por ninguna parte. En el momento de escribir esto, mido un metro y cuarenta centímetros. Y nunca he estado encorvado. Es absurdo pensarlo, pero ¿y si el defecto de mi abuelo es hereditario? Aunque fuera un don: yo no me hago a la idea de menguar hasta desaparecer y que no me encuentren.

Por eso escribo. Para dejar constancia de que aún podría haber otro desaparecido que las autoridades tuvieran que dar por muerto.

Tengo miedo de no morir.

Está muy mal que presuma de ello, pero yo pienso de memoria. Sí, como lo oyen: cuando tengo que pensar, basta con que me pregunte “¿en qué estaría yo pensando?” y, al momento, me viene a la memoria lo que estaba pensando justo antes.

En resumen, ¿por qué usar una frase tan larga como me viene a la memoria lo que estaba pensando? y no decir que, bueno, simplemente, “pienso”.

Supongamos que me creen.

“Vale”, dicen, “este tío piensa de memoria. No sé desde cuándo, quizá lo ha estado haciendo toda su vida, o lo aprendió en un libro, pero el caso es que es un hecho. Piensa con sólo recordarlo.”

Bueno, probablemente se imaginarán que mi vida, desde que pienso a través del recuerdo ha sido extraordinaria. Pues... casi les daría la razón. Pero no se la doy, porque si lo hiciera, no creerían todo lo que les voy a contar ahora mismo.

No lo tomen como una confesión; entiendan que para mí también es algo revelador: puedo pensarlo todo. No hay nada que no pueda pensar. Es más: les apuesto lo que quieran a que ya lo he pensado. Por ejemplo, he descubierto la teoría de la relatividad (la que quieran, ¿eh?, la de Einstein y la de otros muchos

que la descubrieron pero nunca dijeron nada al respecto). Lo malo es que no puedo recordármelo. Así de simple. He sido Einstein, he sido cualquiera genio, todos los genios que puedan imaginar, pero no lo recuerdo.

No, no me tengan lástima. Mis amigos están intentando hacerme recordar (desde luego, si yo fuera uno de ellos, haría lo mismo, porque valgo un potosí; no todos los días hace uno amigos capaces de obtener un premio Nobel a base de recuerdos. Qué felicidad, ganar el premio Nobel de memoria. No el premio a la mejor memoria, sino tener el recuerdo de haber ganado ese premio...)

Me aseguran los que se interesan por mi caso que la solución no puede tardar en presentarse. Aunque se equivocan de estímulo, creo yo. Lo que necesito es pensar; pensar más que nunca. Porque, si no, se me va a olvidar cómo hacerlo, y eso sí que no tendría solución.

No lo olviden: recuerden todo lo que puedan.

>Morir una Vez<

Una vez vivió un hombre que sólo pronunció una sílaba, sólo se besó con una mujer, y sólo escribió una página en un libro.

Aquel hombre sólo murió una vez, y no volvió a morir nunca más.

>No hay por qué Darlas<

–Buenos días. ¿Me pone un enfado?

–Claro que sí. ¿De qué tipo?

–Había pensado en algo sencillo... no sé... un empute con mi mujer, una riña con el jefe. Ya me entiende. Algo con una buena relación indignación–precio.

–Entiendo. De todos modos, me gustaría ponerle al corriente de la promoción que estamos estrenando, de manera excepcional, y sólo durante este mes.

–¿Y?

–Verá: se trata de una nueva serie que llamamos “triple rabieta”.

–Ah. Y ¿qué es?

–Forma parte de un programa de ensañamiento con el cliente sobre un eje temporal que...

–¿Qué quiere decir?

–Bueno, para entendernos: es un disgusto a plazos.

–Ah. ¿Y eso?

–Hombre, no voy a engañarle. Es un poco más caro que una disputa familiar, una ofensiva comercial o ese tipo de artículos de facturación perversa. Pero una cosa sí le garantizo: con este producto, usted podrá alcanzar un grado de ira o desilusión, un ambiente de cizaña o de neura tan incomparablemente auténtico que no podrá notar la diferencia con uno de verdad. Nada que ver con

cualquier otro método que haya probado antes para buscarse problemas. ¿Qué me dice? ¿Le gustaría probarlo?

—Pues, ¿sabe qué le digo? Que lo compro. Hace tiempo que necesito un enfado por lotes.

—¡Muy bien! Le felicito. Ya sabía yo que usted no era de éstos que se toman a chiste las broncas. En este mundo de alimañas, un carácter fuerte como el de usted —si me permite decirlo— es lo que hace falta. Se lo digo por experiencia.

Una semana después...

—Buenos días. Tengo que hablar con el vendedor.

—¿Es usted cliente nuestro?

—¿¡Cómo!?! Hace sólo una semana que estuve aquí y ¿ya quiere desembarazarse de mí? Llame en seguida al vendedor, porque estoy empezando a disgustarme.

—Buenos días. ¿En qué puedo atenderlo?

—Su “triple rabieta” es una mierda, ¿me entiende? ¡Una mierda! Como las otras dos sean iguales, le voy a poner una reclamación por trato cordial al cliente, que se va a cagar como un niño de teta.

—Pero, hombre, usted no ha jugado limpio con nosotros. Se ha largado a la competencia y les ha comprado el último modelo, y ahora viene a ponerlo a prueba, ¿no? Sepa que tenemos un seguro contra enfados, y que no se me vaya a poner farruco, porque no es asunto nuestro devolverle su buen humor y su talante

dispuesto al diálogo. Usted firmó un contrato por tres semanas, y lo va a cumplir, le guste o no.

—¡Eso es, coño! Menos mal que ustedes no se acojonan tan fácilmente. Estoy harto de los que prometen enfados y luego no llegan ni a decepcionarte. Pero ándense con ojo, porque voy a mirarlos con lupa.

—Vuelva cuando quiera. Estamos aquí para joderle la vida.

—Encantado. Han sido ustedes muy cabrones. Váyanse a tomar por culo, y quédense con su mierda de enfados. Gracias.

—No hay de qué, bastardo. No hay de qué.

Dos semanas después...

—¡Buenos días!

—Buenos días.

—¿Qué? ¿Ya se le ha pasao el enfado?

—Sí. Es una lástima. Me ha sabido a poco.

—Calma, calma. Tenemos lo que usted busca, hijo-deperra.

—Pero, ¿¡cómo se atreve!?! ¿Será cabrón el hijodesu-putamadre éste?

—No lo esperaba, ¿eh?

—Es el “enfado latigazo”. Cuesta dos euros la unidad. Ideal para sorprender a sus amigos, o quién sabe, a sus allegados, al vecino que se queja del silencio...

—Póngame una docena ahora mismo.

- No se arrepentirá.
- Más te vale.
- Por cierto, me debe dos euros, sinvergüenza.
- Es lo justo. Ahí van.
- Gracias.
- Que te follen, timador.

>El cuento de la Consulta. Uno<

[Invitado por su psiquiatra, el escritor protagonista de nuestro cuento se aventura en la consulta para arreglar sus problemas de autoestima.]

—¿Padece alguna enfermedad mental?

—Sí: escribo cuentos.

—¿Hace mucho de eso?

—Pues... no lo recuerdo: hace ya mucho, mucho tiempo.

—¿Está siguiendo algún tratamiento?

—No. Bueno: escribo cuentos. ¿Quizá sirve como tratamiento?

—Sí, supongo que es un buen punto de partida.

—¿Le puedo hacer yo una pregunta?

—Pues claro.

—¿Usted lee muy a menudo?

—Pues, la verdad, no muy a menudo.

—¿Y cómo es posible?

—Es que yo también tengo una enfermedad mental muy grave.

—¡No me diga! ¿Cuál?

—Verá: a veces... —no es una cuestión de todos los días, no crea usted, pero— a veces no puedo remediarlo, cojo un papel y un boli, y ya sabe usted.

—¿Qué? ¡Siga!

—A veces escribo el cuento del doctor y su paciente. Sí: no se asuste. Es muy fácil escribir una cosa así: el paciente de mis cuentos suele ser un escritor...

—Ya. Y diga, ¿sus pacientes consiguen dejar la escritura? —me refiero a los pacientes del doctor de su cuento.

—Prefiero no contestar a ese tipo de preguntas, ya que usted es mi paciente.

—Lo entiendo. De todas formas, ¿puedo echarle un vistazo a su cuento...?

—...Pero, oiga: ¿este cuento que escribía usted no hablaba de los escritores y de sus consultas?

—Sí.

—Pues bueno. Sólo quería cerciorarme.

—¿Cree que ya puede levantarse e irse?

—Seguro que puedo levantarme, abrir la puerta, y darme el piro.

—Pues hágalo.

—¿No cree que será un salto muy abrupto en el cuento?

—Usted, ¿qué cree?

[El escritor sale de la consulta psiquiátrica y vuelve a su vida imaginaria. Puede que la siguiente consulta sea sólo una ficción.]

>Conversación Privada<

—Dículpe, ¿a dónde va este diálogo?

—Éste cruza la ciudad desde la Glorieta Grande de Acá hasta la Enorme Glorieta del Otro Lado.

—¿Sabe si pasa por el Centro Comercial Huy Qué Tremendo Cuánta Gente?

—No, ese diálogo es el anterior. Éste pasa por el Centro Comercial Qué Barato Pero Qué Lejos, Cagüendiez.

—¿Usted suele cruzar la ciudad en diálogos públicos?

—Sí: ¿no sabe que hay abonos de diez viajes por el precio de un dictado?

—¿Y dónde se compran?

—En cualquier estación, pero fíjese que le vendan el abono adecuado: los hay que sólo permiten hablar en el metro.

—Ya. Qué listillos.

—Eso mismo dije yo, y me tuve que apear.

—Pero, ¿qué he dicho?

—Oh, nada. No se ofenda. Yo sólo digo lo que aparece en el guión.

—Entonces, ¿yo también digo frases encorsetadas?

—Supongo.

—Entonces, cuando diga que me bajo del diálogo, ¿será porque en realidad quiero bajarme?

- Espero que sí.
- ¿Ha dicho eso porque lo pensaba?
- Espero que sí.
- ¿No lo habrá dicho porque estaba en el guión?
- Quién sabe.
- ¿No lo sabe?
- Espero que sí.
- Qué difícil es esto de los diálogos públicos.
- ¿Eso es lo que usted piensa?
- Espero que sí.
- ¡Oiga, que usted baja en ésta! Yo bajo en la siguiente.
- Ya me parecía a mí.
- No me extraña: en realidad no se lo parece; está ocurriendo en este momento.
- Adiós, entonces.
- Adiós, por supuesto.

>El cuento de la Consulta. Dos<

[El escritor sale de la consulta psiquiátrica y vuelve a su vida imaginaria. Puede que la siguiente consulta sea sólo una ficción.]

—Usted, ¿qué cree?

—¿No cree que será un salto muy abrupto en el cuento?

—Pues hágalo.

—Seguro que puedo levantarme, abrir la puerta, y darme el piro.

—¿Cree que ya puede levantarse e irse?

—Pues bueno. Sólo quería cerciorarme.

—Sí.

—...Pero, oiga: ¿este cuento que escribía usted no hablaba de los escritores y de sus consultas?

—Lo entiendo. De todas formas, ¿puedo echarle un vistazo a su cuento...?

—Prefiero no contestar a ese tipo de preguntas, ya que usted es mi paciente.

—Ya. Y diga, ¿sus pacientes consiguen dejar la escritura? —me refiero a los pacientes del doctor de su cuento.

—A veces escribo el cuento del doctor y su paciente. Sí: no se asuste. Es muy fácil escribir una cosa así: el paciente de mis cuentos suele ser un escritor...

—¿Qué? ¡Siga!

—Verá: a veces... —no es una cuestión de todos los días, no crea usted, pero— a veces no puedo remediarlo, cojo un papel y un boli, y ya sabe usted.

—¡No me diga! ¿Cuál?

—Es que yo también tengo una enfermedad mental muy grave.

—¿Y cómo es posible?

—Pues, la verdad, no muy a menudo.

—¿Usted lee muy a menudo?

—Pues claro.

—¿Le puedo hacer yo una pregunta?

—Sí, supongo que es un buen punto de partida.

—No. Bueno: escribo cuentos. ¿Quizá sirve como tratamiento?

—¿Está siguiendo algún tratamiento?

—Pues... no lo recuerdo: hace ya mucho, mucho tiempo.

—¿Hace mucho de eso?

—Sí: escribo cuentos.

—¿Padece alguna enfermedad mental?

[Invitado por su psiquiatra, el escritor protagonista de nuestro cuento se aventura en la consulta para arreglar sus problemas de autoestima.]

>Cuentos con escalera de Incendios<

Un día, Gélido Marzo —el inquilino de hielo— se cruzó en medio del rellano con la presidenta de la escalera de incendios, Augusta Candelaria.

Ella lo aventajaba en edad y renta per cápita; él sacaba sus trucos expresivos de un cursillo de actor de tres meses que había dirigido durante un invierno verdaderamente frío. De los dos, la que tenía más historia era la presidenta, por ser divorciada. Su ex-marido era bombero, y por él conservaba una doble nacionalidad hispano-canadiense, lo que explicaba su renta per cápita superior (en dólares frente a pesetas).

Pero daba lo mismo, porque el hombre congelado tenía los sentimientos llenos de escarcha. No obstante, cuando la presidenta de fuego se le acercó y le rozó el antebrazo con la mano al descubierto, la escarcha no tuvo más remedio que derretirse y las manos heladas no pudieron hacer otra cosa que quitarse los guantes para entrar en calor, bien arimadas a la piel de la mujer-caldera.

Tuvieron un romance intenso y poco duradero. Los dos habíanse ignorado durante mucho tiempo, y ahora no querían dejar de jugar a los dos elementos en el colchón de agua de la presidenta. Fue toda una erupción

ver salir bocanadas de vapor y esquiras de aguanieve del gélido inquilino en acción. Se diría que la escena estaba sublimando, cuando el colchón de poliuretano prendió en llamas, y el humo de la cabellera presidencial sofocó todo el aire de la pequeña habitación.

Las sirenas llegaron al poco tiempo, y Poseidón, el bombero y quemado ex-marido de la ardiente presidenta, partió el tablón de la puerta del dormitorio con profesionalidad y gran destreza en el manejo del hacha —por un lado— y con incertidumbre y cólera contenida —por el otro.

Cuando por fin logró entrar, descubrió que los dos elementos adúlteros habían escapado por la escalera más apropiada para la ocasión. Ya debían estar chisporroteando en algún local cercano al inmueble accidentado.

Cuál no fue la sorpresa del bombero Poseidón al encontrar, dos pisos más abajo, que el amor (o el sexo) que se profesaban Augusta Candelaria y Gélido Marzo se había consumido por entero, dejando solamente un charco de agua tibia en la escalera y unas cenizas escasas en la barandilla, que el viento nocturno terminaría por arrastrar consigo.

Hoy en día, Poseidón está retirado. Vive en Canadá con una ardorosa chica de Canarias, y cuando llega la hora de acostarse, se turnan para contarse las historias

de incendios, inundaciones y otras catástrofes naturales que más les han gustado.

La muchacha se llama Vuelta y Vuelta, pero aún no se sabe por qué fuma en pipa, ni la relación que tuvo de pequeña con su padre Vulcano.

>El cuento de la Consulta. Tres<

—...Pero, oiga: ¿este cuento que escribía usted no hablaba de los escritores y de sus consultas?

—Sí.

—Pues bueno. Sólo quería cerciorarme.

—¿Cree que ya puede levantarse e irse?

—Seguro que puedo levantarme, abrir la puerta, y darme el piro.

—Pues hágalo.

—¿No cree que será un salto muy abrupto en el cuento?

—Usted, ¿qué cree?

[El escritor sale de la consulta psiquiátrica y vuelve a su vida imaginaria. Puede que la siguiente consulta sea sólo una ficción.]

[Invitado por su psiquiatra, el escritor protagonista de nuestro cuento se aventura en la consulta para arreglar sus problemas de autoestima.]

—¿Padece alguna enfermedad mental?

—Sí: escribo cuentos.

—¿Hace mucho de eso?

—Pues... no lo recuerdo: hace ya mucho, mucho tiempo.

—¿Está siguiendo algún tratamiento?

—No. Bueno: escribo cuentos. ¿Quizá sirve como tratamiento?

—Sí, supongo que es un buen punto de partida.

—¿Le puedo hacer yo una pregunta?

—Pues claro.

—¿Usted lee muy a menudo?

—Pues, la verdad, no muy a menudo.

—¿Y cómo es posible?

—Es que yo también tengo una enfermedad mental muy grave.

—¡No me diga! ¿Cuál?

—Verá: a veces... —no es una cuestión de todos los días, no crea usted, pero— a veces no puedo remediarlo, cojo un papel y un boli, y ya sabe usted.

—¿Qué? ¡Siga!

—A veces escribo el cuento del doctor y su paciente. Sí: no se asuste. Es muy fácil escribir una cosa así: el paciente de mis cuentos suele ser un escritor...

—Ya. Y diga, ¿sus pacientes consiguen dejar la escritura? —me refiero a los pacientes del doctor de su cuento.

—Prefiero no contestar a ese tipo de preguntas, ya que usted es mi paciente.

—Lo entiendo. De todas formas, ¿puedo echarle un vistazo a su cuento...?

Esta historia transcurre en una temporada de fe perfecta, en que al menos un servidor, en contra de todos sus miedos, creyó en la magia y no supo que había otros que también creían en ella.

Éranse dos amantes, un amante y una amanta. Él la quería a ella, y ella lo quería a él. Al final se tuvieron, pero eso no es para contarlo. Aquí estamos para decir cómo y con quién.

Así que el geómetra trazó una recta entre ambos puntos —amante y amanta—, y se dispuso a medir la línea que hacía un momento no existía. Para eso necesitaba a otra persona que sujetara la cinta métrica por el extremo opuesto.

A petición del público, la música sujetó aquel extremo de allá, y así el geómetra pudo leer en éste de aquí cuántos centímetros separaban a los amantes puntuales.

Pero —qué horror para el geómetra experimentado— los amantes se habían movido cuando los comparaba con el patrón, así que tuvo que repetir el experimento de medida; pidió a la música que se alejara un poco más, pues en el proceso anterior, los dichosos puntos se habían desplazado de su equilibrio.

El mismo problema se repetía cada vez que el geómetra intentaba volver a los puntos de partida: tan pronto colocaba la cinta sobre el amante, la distancia hasta su amada variaba, de manera que era imposible determinar cuán alejados habían estado ni cuánto lo estarían en un futuro.

Al cabo, la música gritó desde su posición, junto a la amante objeto de medida, que por qué no probaban a acercarse el uno al otro —geómetra respecto de música o viceversa— agarrando cada cual por su lado al enamorado correspondiente.

Al geómetra le pareció buena idea, así que ambos empezaron a tirar en sentidos opuestos y convergentes de la línea recta que se interponía entre ellos. Había un número grande de centímetros que recorrer, pero avanzando con decisión y valentía, los recorrieron.

A su paso arrastraban a los amantes, que al final del proceso se encontraron justo en contacto el uno con el otro —no hace falta decir que un contacto puntual siempre es muy íntimo.

Como la música y el geómetra habían llegado también a tocarse, paralelamente, dedujeron que la distancia entre los seres mutuamente amados era cero. Es más: el caso particular podía extenderse a la ecuación general y afirmar que cualesquiera seres amados mantienen entre sí una distancia nula.

Concluido el estudio, se separaron y anduvieron separados más allá de lo que cualquier cinta métrica habría podido medir.

Mucho tiempo después, no obstante, el amante y su amanta habían roto la relación geométrica que mantenían, lo que derrumbó los inestables postulados que habían sido suscitados por las observaciones que antes conté. La cinta métrica empezaba a ser cuestionada como instrumento de erotismo, y los resultados de aquel hallazgo se publicaron en todos los boletines oficiales de venerométrica y erodinámica del viejo continente.

Se declaró el caos. Los eroditos acudieron desde todos los rincones del planeta a un congreso multitudinario, con cámaras apuntando en todo momento a los amantes experimentales. Se les aplicó el palpitómetro, se midieron sus distancias amatorias con ángulos nunca vistos en la ciencia... pero todo fue inútil.

El presidente del Comité Orgásmico Internacional declaró un principio inamovible desde entonces: “Mientras no se demuestre lo contrario, los amantes no se quieren.”

Hoy en día sigue habiendo defensores de la escuela erométrica, pero nunca fornican en público. Quizá no soy el indicado para contarlos, pero se rumorea que en sus prácticas de acceso privado utilizan extraños instru-

mentos, como las manos y la piel humana. Seguramente se basan en la estadística de las caricias, pero tales suposiciones escapan a la métrica, y por ello siguen perteneciendo al género de la fornicación-ficción.

La ciencia actual no puede dar crédito a semejantes contactos de riesgo.

>Males y Remedios<

Una mañana llegó un enfermo del corazón y le dije que ya estaba sano, que no tenía nada. Lo que se dice tener, sólo tenía ochenta y un años, y se fue tan contento. Lo notable es que hace poco, en una reunión de personas “normales y sanas” —que el Centro organiza una vez por semana— un individuo rubicundo y muy joven se me acercó pidiéndome —no: más bien suplicándome— que le dijera qué tenía.

“Tienes, como mucho, veinte años” —le dije yo, desprevenido. Pero él insistió en que su afección tenía que ser renal, que necesitaba un transplante urgentemente, o ya la medicina dejaría de tener ocasión de “mejorar su salud”. Lo único que se me ocurrió en aquel instante fue darle la razón.

“Tiene usted los riñones fatal” —confirmé, con lo que a él le pareció un ojo clínico indiscutible. ¿Qué otra cosa podía haberle dicho? Lo siento. No soy un médico imaginativo; muchas veces repito los diagnósticos. De hecho, a otros tres hombres y una mujer “sanos y normales” les dije lo mismo en aquella reunión y en las que ha habido las cuatro semanas siguientes. Todos cáncer de próstata —o de matriz, en la mujer.

El joven rubicundo empezó a frecuentar los antros de buena muerte del centro de la ciudad, y al cabo de

unas dos semanas lo encontraron moribundo, víctima de una puñalada en un costado. Al menos, aquélla era la causa oficial de la muerte, que ocurrió diez horas más tarde del ataque. El agresor –o la agresora– había huido.

La policía detuvo hace poco al cabecilla de una mafia que rige el mundo de las apuestas ilegales de póker en toda la ciudad. Resultó ser uno de mis viejos conocidos: el hombre que sanó del corazón había empezado a marcar los corazones de la baraja, y durante el resto de su vida ganaría todas las partidas en que apostara.

Quizá haya dado con la cura del cáncer, pero tendría que dejar la medicina. Y, la verdad, la medicina es la enfermedad que me diagnosticaron cuando estudiaba. Y para ese mal sí que no hay ojo clínico que valga.

>Título de curso Legal<

Levanté un brazo para extender el informe trimestral de ventas al jefe de producción, y mi cuenta bancaria aumentó en dos uceles (unidades de curso legal).

Cuando le recordé al mismo jefe de producción que cerrase la puerta cuando saliera de mi despacho, no fui consciente de que mis ahorros volvían a aumentar, pero os aseguro que luego lo comprobé, y es un prodigio ganar tres unidades y media sin más que decir “cierre al salir”.

Me rasqué la cabeza y moví el control remoto del ordenador sobre su alfombrilla para desbloquear la pantalla. Así podría seguir jugando al solitario que había empezado antes de que entrara el susodicho jefe de producción. Pero, aun sin estar al tanto en ese momento, mi cuenta corriente volvió a subir un par de cifras, que a la larga me situaron muy cerca de la riqueza.

Asfixiado por tanta responsabilidad, salí un momento a la planta para comprobar que los planes de producción no se equivocaban. Y en efecto, iban mejor que bien. Por tanto, mandé un mensaje al gestor de planta y me dije que por un día que saliera antes de la hora, no pasaba nada.

Conduciendo por la autopista, de vuelta a mi casa, tuve un encontronazo con un gilipollas que no sabía

qué desvío tomar hacia su pueblo. Accioné la bocina de mi coche de empresa y fui consciente de que, hasta por eso, por cabrearme y todo, me estaban pagando. Descargar mi furia sobre un conductor desconocido estaba remunerado con cincuenta ceceles (céntimos de curso legal). Cuando llegué a casa, me tumbé en el sofá, puse los pies sobre la mesa, y conecté la televisión. Otro gesto más que me honraba y me daba compensación económica por el esfuerzo realizado.

¡Incluso me pagaban por pensar! Aquello ya me hizo sentir culpable, porque claro: se me vino a la mente una imagen clara del dineral que me pagarían algún día por morirme, y me resultaba terrorífico imaginar que mis hijos —y quizá mi viuda también— seguirían recibiendo una pensión de manos de un muerto, por así decirlo.

¿¡Es que no podía dejar de hacerme rico ni después de palmarla!?

Aquello me hizo reaccionar. Me fui al casino, a ver si allí podía perder una fortuna con más rapidez de la que mi empresa gastaba en ingresarme dinero en la cuenta del banco. Pero no hubo forma.

Lo he probado todo. He regalado millones, pero no ha servido para nada. Me han ascendido. Dicen que soy un genio de las finanzas, y que me van a duplicar el

suelo. Si sigo así —según ellos—, podría alcanzar en poco tiempo un puesto vitalicio en la dirección.

Yo ya me he resignado. Estoy tratando de cuidarme, a ver si resulta que también me van a rendir intereses los estornudos que suelto. E insisto: todo tiene su equivalencia en meceles (monedas de curso legal).

No entiendo cómo hay gente que se pasa toda la vida respirando sin pedir nada a cambio. Pero bueno, será que no es tan terrible vivir con lo puesto. Ahora: no lo intentéis porque es ciertamente rentable. Uno no sabría qué hacer con tanta pobreza. No podría gastarla toda de una vez.

Mejor conservar el honor y los ahorros, que son tremendamente útiles incluso para las generaciones que nos seguirán.

Los muertos y los que viven al margen de la ley son unos egoístas y no entienden de negocios.

>Venganza<

Llegó un momento en que la letra A, capitana de todo el abecedario, decidió que era hora de lanzarse al ataque. El enemigo era débil y analfabeto, lo que suponía una fatal ventaja para las letras.

En venganza por todo el daño que habían provocado, los escritores fueron los primeros en morir. Apuñalados por Jotas mayúsculas, o asfixiados entre las redes de las temibles equis y los estrechos anillos de las Os, aparecieron en las fotografías de la mañana siguiente. Cientos de ellos, muertos por su terrible caligracido, por su literofobia, y por otros pecados aún peores. No hubo crónicas que detallaran su libresca muerte, porque los periodistas fueron los siguientes en el Plan de Guerra de las Letras Históricas. La l de la palabra columna atravesó los pechos de los articulistas, y una fuente de puntos suspensivos brotó de las heridas abiertas. Entre los restos putrefactos del cadáver, días después, aparecían algunos puntos dispersos, ya sin las íes que una vez los habían enarbolado, y también admiraciones, que son los fotógrafos del abecedario, tan mal pagados, ahora que no viene a cuento admirarse con cada caligrafía.

La invasión fue sutil. Primero, algunos caracteres de los anuncios publicitarios saltaron a la calzada de las

avenidas y calles. Las vocales se camuflaron hasta el último momento. No querían echar a perder el concienzudo trabajo de sus compañeros consonantes. De todos modos, la operación necesitaba un cabecilla, y ésa fue la letra hache. Se infiltró en cada palabra, en cada refrán, en cada bocadillo que salía de los personajes de un cómic, aunque el tebeo fuera una discusión del congreso de los diputados, aunque se estuviera ordenando una limpieza de basura humana, como acostumbran a hacer los diosecillos que pronuncian discursos. En todos esos rincones se añadió una h, una pequeña carga, que al final, dejaría sin aliento a los demagogos.

El grueso del pelotón se desplegó en las emisoras de radio, en los canales de televisión, incluso rebosaban de las alcantarillas llenas; tan desbordante había llegado a ser la sublevación literaria del orden alfabético.

No hubo que lamentar muertes de brutos, ni de tontos, ni de peleles ni cazurros.

Todos los idiotas, los papanatas, los lerdos, los tarados y los cortos se salvaron.

La República de la Mentira cayó gracias a la conspiración de la hache. Hahora todo hestá más hequilibrado. Hayh máhs libehrtad de exprehsión. Lhos culthos, los letradhos, los señhores fheudhales de la palhabra, todos hhan mhuertho entherrados en suhs propias

También podríamos contarle con más detalle, pero nos han solicitado un resumen de esta manera.

El corazón y el cerebro eran dos vecinos que nunca se habían pedido nada prestado.

Cuando al edificio de enfrente se mudaron una mujercorazón y una mujercerebro, el corazón y el cerebro se sintieron totalmente descorazonados.

El corazón pidió un trasplante a un terreno más fértil: un tercer piso, entre el de la mujercorazón y el de la mujercerebro. Lo que no sabía era que un campo de batalla se extendía entre ambos tramos de escaleras.

El cerebro le aconsejó que durmiera al raso, que esperase la mejor ocasión: cuando ambas salieran a hacer la compra y volvieran cargadas para poder ayudarlas y forzar una discusión entre ellas. ¿A quién atendería primero, al corazón o al cerebro?

Pero el corazón no hizo caso a su vecino. Pidió asilo político en una azotea del edificio fronterizo y se dispuso a atrincherarse hasta dar caza a la mujercorazón.

Una vez, cuando todavía buscaba entre las calles, vio a las dos mujeres caminando juntas. Según lo que recordaba, incluso había llegado a pensar que eran mujeres gemelas.

Aquello podía ser un problema, porque ¿a cuál de las dos se suponía que debía atacar?

Probó suerte con la mujercorazón, y acertó. Era ella. Aceptaba su invitación para subir juntos las bolsas de la compra y, ¿quién sabe?, quizá algún día bajar las de la basura.

Pero cuando estuvieron acostados los dos, el corazón y la mujercorazón en el cuarto de estar —porque un sofá nunca está lejos—, la mujercerebro los sorprendió besándose, y lanzó una queja que podría haber llenado un libro de reclamaciones, si Cupido hubiera hecho pública su dirección postal.

El corazón se acordó de su cerebro, que debía estar espionando por la ventana para ver si alguna sombra delataba a los dos palpitantes adúlteros en su entusiasmo venéreo.

Mas no hubo otra cosa que silencio y oscuridad esa noche.

La basura la recogieron por la mañana, una mañana que aún estaba un poco sinsoleada.

El cerebro se enteró, por los sollozos de su vecino, de que algo había fallado en el edificio de enfrente, y supo, por los ecos del combate furtivo, que una guerra abierta era menos peligrosa que un intercambio de silencios.

Entonces decidió ir a buscar a la mujercerebro, porque era lo único que quería en –bueno, en– aquella vida, y de verdad, lo único que lo habría hecho feliz.

Pero, sin su vecino como guía en un territorio extraño, acabó hundiéndose y consumando su fusión intelectual con la mujercorazón, que siempre andaba un tanto insatisfecha, aunque muy tiernamente jovial. La abrazó con mucho dolor, y se despidió de ella un buen rato antes de que pasaran los basureros. Sin saber por qué, siempre le había gustado contemplar desde su apartamentito la dulce comunicación de los ufanos camioneros amarillos que se empeñaban en esconder la putrefacción de las zonas visibles de la ciudad.

Los vecinos de toda la vida discutieron. Corazón pensaba que la cabeza no había tenido ningún tacto al mezclar su sexo con el de la puta de enfrente, y la cabeza le contestó que no sentía mucho lo que había hecho, pero que si por una cosa así el corazón se podía poner enfermo, entonces, que le dieran por el ventrículo.

Los encontraron en un bar de alterne, y las dos muchachas supieron qué hacer exactamente en tan sólo un segundo. La mujercorazón abrazó a su consorte, y el cerebro de mujer estrechó, nerviosa, la cabecita del pensador –¡qué brutito!– que estaba acodado en un rincón, bebiendo como un auténtico esófago de la estepa rusa.

Se fueron a dormir, y a partir de entonces, hacen la compra juntos y bajan las bolsas de basura cuando toca, que son las tardes muy vacías pero con alguna luz.

El único desconcierto es la dieta, porque el corazón come higadillos, pero a la cabeza le encantan los sesos.

Se ponen púos de espagueti cada vez que pueden, porque son baratos en el súper y porque hacer el amor requiere un estómago ligero y un aporte energético italiano.

¡Ah, Italia! El único lugar donde el amor se vuelve para ver la ciudad de Roma, de la que surgen todas las arterias.

>Cadáver y autor del Crimen<

La fotografía sería poco escandalosa si no fuera porque el autor del crimen es Jorge, de cuatro años de edad, y el fotógrafo es su padre, Agustín, de cuarenta primaveras, director de Atlántica Porque Sí.

La pieza que falta (el cadáver) es una pieza de porcelana china auténtica (no un holograma, ni un dibujo, ni un grabado). Según la legislación del Reino de España, los añicos de este cadáver siguen siendo propiedad de Teisunik Ltd., made in Taiwan, y el valor sentimental de lo que antes era un jarrón es, por lo que respecta a Agustín, nulo. La etiqueta del producto reza “PVP 80.05”.

Sí, a mí también me parece inexplicablemente justo y exacto ese “.05”. Qué le vamos a hacer. El jarrón está roto.

Jorge mira a la cámara como si hubiera sido Campanilla, y no él, quien, al revolotear por sus narices hasta la ventana, hubiera desequilibrado la vasija y después le hubiera dicho adiós a Jorge, “volveré mañana por la tarde y jugaré contigo!”. Pero Agustín sabe que las hadas no cumplen sus promesas. El cuento, si es que alguna vez lo leyó, no lo recuerda. Cree que versaba sobre las aventuras metafísicas de Campanilla y sus siete hijos con forma de oso y tamaño de hormiga.

Le parece gracioso, pero tiene que contenerse la risa, porque Agustín es papá, y papá no se ríe.

En todo caso, papá no puede regañar al niño. Sencilla-mente, va a evitarlo diciéndole que esta noche y la que viene, nada de cuentos.

Jorge juega a que lo comprende (¿será estúpido?), pero es tan estúpido como cualquier niño de cuatro a seis años. O sea: raya en lo simiesco.

—¡Abrazo fueeerteeee!

“Qué remedio, Agustín”, dice papá.

Papá abraza al niño y, precavido, oculta la cámara de fotos made in Japan dentro de su bolsa del gimnasio (conjunto para hombre + bolsa, 19.97; injusto pero preciso).

Jorge duerme y sueña con Campanilla. Al levantarse la minifalda de hada tipo Minifalda de Hada, marca Las Hadas, ve que hay una etiqueta. Made in Never-never land. Jorge no sabe que Never-never land es el País de Nunca Jamás, pero seguramente un país así tiene que ser subdesarrollado, opina.

Y se duerme tranquilo.

Peter Pan, también conocido como Pedro-Agustín Cazuela, ronca en la habitación de al lado; seguro que sueña con el Capitán Garfio, que va a despedir a toda la tripulación por no presentar a tiempo el título de bucanero.

A todo esto ¿alguien se ha fijado en que mamá no sale en este cuento?

Mamá compró el jarrón cuando todavía se llamaba jarrón. Qué le vamos a hacer si Jorge todavía no ha leído “Cómo usar la vida”, escrito por Estefanía Las Hadas, dueña de la marca Las Hadas.

En sueños, Agustín opina que debería haber menos Hadas en el mundo de la fotografía.

>El argumento de Yaiza<

Relato en diez capítulos en que se cuenta la historia de dos chicas dos veces, con esquemas que la abrevian para que parezca que sólo se cuenta una vez y pico. Incluye un epílogo excepcional por cuanto forma parte del discurso, al gusto de ciertas historias.

I.

Dos amigas quedan en un andén del metro.

Andén: zona por la que andan los que degandulan.

II.

Una de ellas llega antes, y mientras espera, pasa un chico que la saluda sin bajarse del vagón.

III.

La chica sigue esperando, y al cabo de un rato, reaparece el chico, que se ha bajado en la siguiente estación, ha tomado el tren de vuelta, y ha cruzado al andén donde está la chica.

Andén: lugar donde se encuentran los que antes estaban perdidos.

IV.a

La amiga ha llegado mientras el chico daba la vuelta, han discutido (no necesariamente porque las dos quisieran encontrarse al chico; no necesariamente porque las dos estuvieran perdidas), y ha resultado que son macroscópicamente idénticas, como los gemelos, como los clones, como las gotas de agua. Por eso el mismo chico ha podido confundirlas.

iv.b

Dos chicos gemelos han quedado un andén más allá de donde habían quedado las chicas. El primer chico ha visto a la primera chica esperando en el primer andén.

Al llegar al segundo andén, se ha encontrado con el segundo chico, al cual ha descrito el atractivo físico de la primera chica. El segundo chico pensaba ir al cine solo, pero se ha enamorado de la descripción de esa chica, aderezada por el atractivo que para el primer chico ha supuesto el hecho de verla sin tocarla.

Clomelo: lugar donde se conocen algunas gemelas, que ya eran clónicas mucho antes de conocerse.

V.

Entretanto, en el primer andén, las dos amigas se han encontrado, y la primera le ha dicho a la segunda que está allí sólo para avisarle: no se puede quedar, y no ha podido decírselo antes. Por eso ha venido. Ahora tiene que irse. Y se va al cine (no necesariamente al mismo cine al que pensaba ir el segundo chico).

VI.

La segunda chica no se parece en nada a la primera, salvo en la descripción. No son gemelas, no son clones, no son hermanas y, por supuesto, no son gotas de agua.

VII.

El segundo chico baja del tren en la primera estación y busca al objeto que motivó la descripción. La chica encaja en esa clase de objetos que motivan unas descripciones un poco apasionadas —aunque no necesariamente.

VIII.

Ambos, chico segundo y chica segunda, se dan un beso en las mejillas y deciden ir juntos al cine tras una conversación muy intensa y no muy larga.

Cine: lugar de encuentro donde las historias pueden pasarse a su antojo, empezar o –como sucede en este caso– terminar.

IX.

La primera chica, que –aunque no era necesario– sí estaba perdida, topa con el cine y asume que debe entrar para encontrarse (para encontrarse allí después de perderse en el andén, supuesto lugar de encuentro para los que ven mucho cine en según qué estados de ánimo).

x. (*En que los clomelos se desencuentran y el andén empieza a terminar*)

Las historias del cinematógrafo suelen durar lo mismo, independientemente de la sala que ocupen los chicos y las chicas. Así pues, las historias terminan y la chica primera se encuentra mejor. A la salida de la sala, salu-

da a los dos finales que se han encontrado para empezar una historia nueva.

Salida, sala, saluda: declinación de todos los trenes verbales.

XI. (EPÍLOGO)

El chico primero está en el andén primero. Tiene una cita con un tercero (una chica), pero sólo ha venido porque no pudo avisarla de que no iba a poder venir. Por eso, estar en el andén esperando a que llegue se le hace doblemente pesado.

Tercero: persona o personaje ajeno a una historia que, aun así, puede tomar el partido que el autor del epílogo considere más inoportuno. Generalmente, un tercero no hace más que poner la mano, recoger su minuta y estampar una firma en el papel que deje libre su consejo jurídico al margen del andén en que se encuentre.

Dedicado a un amigo que se llama Andrea y a su desconocido mentor, el estupefaciente Dante Alighieri.

>Alquileres Comosellame<

A Guzmán Huitzilopetzli Gutiérrez le habían robado su nombre.

Uno suele llevar su nombre puesto, a menos que tenga un seudónimo. Pero a Guzmán no le gustaba utilizarlos. En su juventud había comprado un nombre postizo, un tal Guirolamo Gastéiz Guirigay, pero al cabo de un tiempo lo aborreció, como uno puede llegar a aborrecer una peluca o una chaqueta.

En esta ocasión, Guzmán habría jurado que al salir de casa tenía consigo su nombre. No obstante, al poco de palpase y notar que no lo tenía, recordó el momento justo de abrir la puerta para salir, y el movimiento de su mano al soltar a Guzmán encima del piano —allí solía poner todos los documentos importantes.

Con sus llaves y una moneda en el bolsillo, Guzmán —bueno, el hombre que había olvidado su nombre encima del piano— había bajado a una cabina telefónica que tenía muy cerca de casa para llamar a un amigo suyo, que vivía en la otra punta de la ciudad.

—¿Alooo? —dijo una voz al otro lado de la línea, que también era al otro lado de la ciudad.

—Soy... ¡yo! —Guzmán se dio cuenta de lo difícil que era llamarse a sí mismo cuando no tenía su nombre cerca.

—¿Quién es “yo”? —fue la pregunta, lógica en aquella situación.

—Yo, o sea..., tu amigo... —olvidar a Guzmán había sido realmente torpe por parte de... bueno, de aquel hombre que hablaba por teléfono.

—¡Oiga! ¡Basta de bromas! ¡Váyase a molestar a otra parte!

No pudo seguir hablando, así que colgó.

Volvió a su casa a todo correr, pero cuando llegó ya era tarde. Su nombre no estaba por ninguna parte: ni encima del piano, ni en su cómoda, ni por los rincones ni escondido en objetos, muebles, libros, armaritos... nada. El que hacía unos instantes se llamaba Guzmán cayó exhausto en una silla, sintiendo un vacío de desesperación justo en medio del pecho.

Más tarde había reunido fuerzas para poner la denuncia —por la desaparición de un nombre, claro; aunque tal vez era un poco ingenuo, y también un tanto extraño. El policía convino con él en que el asunto podía calificarse de allanamiento de morada y hurto del apelativo completo.

—¿Se llevaron algo más?

—No. No tocaron nada. No rompieron nada de nada. ¡Sólo mi nombre! Usted compréndalo: no puedo vivir si ni siquiera recuerdo cómo me llamo.

—Tranquilícese —había dicho el policía—. Lo encontraremos.

El policía no estaba falto de razón, porque por mucho que se escondiera, un nombre como aquel, Guzmán Huitzilopotzli Guitérrez, no podía dar un paso sin ser visto. El ladrón tenía que haber usado un libro de notas poco convencional, o un poema surrealista, para esconder aquel mamotreto de vocativo.

De todas maneras, el director de la policía rechazó la denuncia por incompleta: claro, donde ponía “Quien dice ser Don...” no había ningún nombre.

La descripción era escueta, más bien insuficiente: tres palabras, de seis, catorce y nueve letras, y poco más.

—Mire, si es una broma —había dicho el director—, no tiene ni pizca de gracia. En esta ciudad se roban muchos nombres cada día, ¿entiende?, y el suyo no es el único por muchas letras que tenga el primer apellido. Así que de usted depende: trate de encontrar más datos, o tendremos que anular la denuncia. Ahora, discúlpeme. Tengo trabajo.

Guzmán había dado toda esperanza por perdida. Tenía que haber sido más cuidadoso con un objeto como su nombre. De pronto, se le ocurrió una idea para recuperar, si no toda la “mercancía robada”, sí al menos sus iniciales. Buscó en su cartera y halló un

número de teléfono apuntado hacía ya mucho tiempo. Debía ser el suyo, se imaginó. Había unos dígitos y al lado tres siglas: G. H. G.. Bajó de nuevo a la cabina y llamó a su número, o eso esperaba él.

—¿Dígame?

—Hola. ¿Es el señor H.G.?

—El mismo. ¿Con quién tengo el gusto?

—Soy... soy de la compañía telefónica. Estamos revisando las líneas, y necesitamos comprobar su instalación y su aparato.

—Ah. ¿Y cuándo van a venir? Bueno, en realidad, da igual, porque trabajo en casa...

—¡Perfecto! Entonces mañana estaremos ahí. Déjeme confirmar la dirección. Calle...

—...del Olmo, treinta y tres.

—Correcto.

—Adiós.

—A... —el señor H.G. había colgado. — ¿diós?

Al llegar a la propiedad, Guzmán se dio cuenta por el estado de la huerta de cuán trabajador que era el señor H.G.. Los caminos que comunicaban las distintas partes del cercado también estaban exquisitamente cuidados, y Guzmán avanzó por la vereda central hasta una puerta de madera con aldaba. Allí golpeó dos veces con fuerza, maravillado por el lujo del caserón.

–Buenos días.

–Buenos días. ¿Es de la telefónica, verdad?

–Sí.

–Pase por aquí.

Guzmán no pudo aguantarlo más. Se detuvo. El señor H.G. se dio la vuelta y le preguntó por qué no le seguía.

–Es usted un ladrón, y encima se ríe de mí fingiendo que no sabe nada.

Entonces, el rostro del señor H.G. cambió, y dijo enfurecido:

–¡Yo merezco ese nombre mucho más que usted! Es hermoso. No puedo imaginar un nombre más hermoso que el que tengo, y usted lo estaba deshonrando. Yo no lo robé. Usted lo perdió. ¿Qué culpa tengo yo de que usted no ponga cuidado con sus cosas? Mi nombre “auténtico”, el que me pusieron mis padres, es Gary Holden Gibson.

–¿H.G. es Holden Gibson? –preguntó Guzmán, exasperado.

–Sí. Seguramente usted no admite bromas con su nombre, señor anteriormente llamado Huitzilopetzli. Pues yo tampoco. Ignoro su identidad, es decir, de usted sólo sé que tenía un nombre que no merecía –hizo una breve pausa, y añadió:

—No lo tome cómo algo personal. Lo que sí sé es que no trabaja para la compañía telefónica, porque allí todos saben muy bien cómo se llaman. Es más: incluso gente que no les ha visto nunca, conoce al menos de oídas un par de nombres suyos.

En ese momento, llamaron otra vez a la puerta.

—¡Maldita sea! ¿Quién podrá ser?

Entre indignado y confuso, Gary Holden fue a abrir y dijo:

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Es usted Gary Holden?

—En persona. ¿En qué puedo servirle?

—Yo también soy Gary Holden. ¡Devuélvame mi nombre y mis apellidos!

Guzmán, que había contemplado la escena desde el recibidor, acudió a la puerta para desmentir aquel engaño.

—Qué bajo ha caído, amigo mío —le dijo al recién llegado—. Yo le conozco. ¡No crea nada de lo que le dice, señor Holden! Es un antiguo conocido que ahora veo por qué no ha vuelto a contactar conmigo. Al menos, tenga la dignidad de no defraudar a nadie ante mis ojos. ¡Largo de aquí!

El supuesto Gary Holden vio que no tenía nada que hacer contra un par de incrédulos como aquellos, así que dio media vuelta y se marchó de la finca.

El auténtico Gary Holden cerró la puerta aliviado, y como agradecimiento a Guzmán, sacó su billetera y de allí extrajo un cuadernillo donde había apuntado, con letra minúscula, el nombre completo del olvidadizo sujeto que tenía a su lado.

—Tome. Se lo ha ganado. Tengo una hermosa colección de nombres, y creo que podré prescindir de éste, siempre que usted esté de acuerdo en dejarme su número, por si alguna vez quiero llamarle para hablar de... negocios.

—Por supuesto, señor Holden. Eso está hecho. Veo que no es como los demás coleccionistas. Usted aprecia pero también respeta.

—Encantado de haberlo nombrado, señor Huitzilopotzli.

—Vendré a menudo. Ah, por cierto: ¿tiene en la colección algún nombre desconocido?

—¿Desconocido? ¿Qué quiere decir?

—Alguien poco famoso... no sé... Julián Valdini, por nombrar a alguien.

—Me temo que no. Son todas personas desconocidas. Espero que también le gusten los seudónimos.

—En tiempos, sí. Pero ahora me cansan mucho.

—Le entiendo y..., bueno, espero verle pronto. ¡Ah!, búsquese una buena firma, hágame caso.

Guzmán salió de la finca del señor Holden y se encaminó hacia su casa.

Al entrar, en el piano había una nota de alguien que debía conocerle. La nota decía, en una letra de imprenta:

“Alquileres Comosellame le invita al preestreno de su nuevo producto. Venga a vivir a Comosellame: habite un nombre propio para toda la vida.”

Guzmán Huitzilopetzli Gutiérrez (G. H. G.) tiró la nota a la basura, y olvidó el nombre de la compañía.

Teo, a quien no he visto hace mucho, va a buscar a la chica con quien quiere descubrir el sexo. Luego, quizá, vivirá un tiempo con ella.

–“Por lo menos, veré con ella la prórroga del partido” –diría él, si estuviera contándoos esto.

Como yo, Teo jugaba al fútbol bastante mal, pero nunca tuvimos problemas con el deporte. Sí, en cambio, con el sexo.

El cuento del que hablo narra hasta el momento en que Teo y Susana viven su romance. Pongo Susana, pero podría poner Sonia, porque el nombre no se lee muy bien.

Pasaron los años, y tuvo un segundo encuentro con ella, pero se relata como si hubiese sido el primero. [O sea, que es una incoherencia deliberada en el argumento, porque si no, no se explica esta carta de un señor que se hace llamar Teo]. En sustancia, lo que ocurre en esta ocasión es que Teo se desengaña. La historia que se cuenta sigue hasta que la chica muere.

Teo había quedado destrozado por el rechazo de Susonia [a veces puedo leer Sonana, pero ese nombre no lo conozco]. Y poco más se cuenta en esta locura de resumen. A partir de aquí, el autor desvaría. Pero yo, que he leído ya bastante, he deshecho el nudo después

de desenmarañar este caprichoso cuentecito y os puedo decir de qué está hablando.

Después de la ruptura se da cuenta del tiempo que vendría justo detrás del primer encuentro (aquél que ya se había narrado). [Teo lo habría llamado “chupar banquillo”, si le hubiera gustado escribir.]

En el cementerio, que es uno de los escenarios menos claros del capítulo, Teo y su chica se vuelven a encontrar. Es el entierro de un amigo de... ¡Lucía! ¡Claro! ¡¿Cómo no se me había ocurrido antes?]

El amigo de Lucía soy yo. De lo cual se podría deducir que estoy muerto. También se nos aporta un dato interesante, y es el de que Teo no me conocía. Aun así, ha asistido al funeral, por motivos que el autor oculta.

Luego, ellos “vuelven” a casa "para quedarse". Y terminan juntos.

La historia “concluye”.

La otra historia que se cuenta [porque la narración no ha puesto punto y final] es, digamos, lo que nunca ocurrió (por ejemplo: el partido suspendido por causa de la lluvia, siempre hablando en la jerga de mi antiguo amigo Teo).

En el grueso volumen que me ha llegado, leo —como si ocurriera hoy— el relato de la vida de Teo. Yo también aparezco en ese relato, desde que éramos

niños hasta la juventud. Un día, “abandono” a Teo para ir en busca de Aurora [o sea, que debo entender que ahora Teo está hablando de Lucía.] Como le sobra el tiempo, el autor se dedica a hablar de cuando no estuve con Aurora.

Luego –la estructura narrativa se ha vuelto barroca– viene el encuentro de Teo con Lucía –pero sólo el principio del encuentro.

Supongo que el autor le habría dado un final “feliz” a toda esta locura, pero no aparece por ninguna parte. [Juro que he leído todos y cada uno de los capítulos unas cuantas veces.] Tampoco hay firma.

Sospecho que Teo ha encontrado mi dirección en un baúl de casa de su madre y, en vez de usar el teléfono, el muy cabrón me ha mandado esta mierda de historia sobre Lucía y el sexo.

No sé si le seguirá gustando el fútbol igual que antes, pero por si acaso, me despediré a su manera, que no es una de las peores.

–“Tres pitidos, uno a cero.”

>Lendo Samba<

“Lendo Samba” empieza en la página 54. Por supuesto, el libro en sí, como cualquier objeto, tiene un principio y un final físicos –la primera y la última página, pero a lo que me refiero es al orden en que la lectura tiene sentido y lugar.

El hecho de que la haya escrito un portugués y que esté editada por PeruSA en libro de bolsillo no tiene la menor importancia cuando se trata del delicioso espectáculo que supone dicha obra.

Como he citado, el relato comienza en la 54 y continúa en la 206, volviendo luego a la 3 y, más adelante, a la 90. Hemos descartado ya que se trate de una broma del autor. Ningún portugués –ni siquiera uno nacido en España o en Djibouti– se tomaría esa molestia, salvo que tuviera una misión divina que cumplir. El trabajo es deliberado. Este Gilberto da Costa ha trazado un plan milimétrico para conducir al lector por las páginas de su aventura –digo bien: de su aventura, porque el literato que nos ocupa consigue integrar, solapadamente, a cualquier incauto que abra su portentoso laberinto en la propia historia que en él sucede, y llega uno a involucrarse en la trama en grado tal que no es capaz de distinguir su realidad de la que da Costa cuenta en su “Lendo Samba”.

Explicar cómo logra tal supuesto el luso genial que tomamos por autor del volumen requiere una exposición más detallada, que, por falta de ocupación alternativa, me ofrezco a elaborar.

<< Elba Montegrís es una lectora muy ávida de novelas y folletines, que una mañana topa, sin desviarse de su ruta habitual por las calles de una ciudad innombrable, con una tienda de talismanes en que nunca antes se había fijado. Por pura curiosidad, se decide a entrar. La atiende un vejstorio que se muere por contarle un fragmento del origen de su última adquisición. Es un talismán traído del Perú que ha tomado la forma de cuerpo de letras. O sea, es un libro muy viejo.

La chica lo ve y no puede resistir la tentación de pagar por él, aun cuando el vejete hubiera regalado esa y muchas otras bagatelas a la chica en caso de que le hubiera dejado terminar su relación. Pero bueno; a cambio, el viejo consigue lo suficiente para renovar el surtido de bastones mágicos que almacena, cuya demanda, a su pesar, ha aumentado en los últimos tiempos. Por lo visto, la gente ya no sabe en qué depositar su fe, así que ha dejado que los objetos la perpetúen, mientras ellos la disfrutan tan ricamente.

[A estas alturas, se han producido ya diecinueve saltos entre las páginas del libro. Sin embargo, esta pérdida de continuidad no es óbice para que sigamos con

creciente emoción la lucha de Elba contra su perdición exacerbada por su avidez lectora.]

Elba regresa a su casa porque ha olvidado el paraguas y el cielo se está empezando a nublar. Al llegar y coger el paraguas, ve una novela que estaba leyendo encima del mueble del recibidor. Decide echarla en el bolso y leerla cuando salga del trabajo.

En el autobús de regreso, por la tarde, hojea con cierto tedio el novelón que había puesto en su bolso. Es demasiado plasta, o es que ella está muy cansada.

Como fuere, al llegar a casa se encuentra con Jorge, su compañero habitual, y éste se muestra interesado por la novela que estaba aburriendo a Elba hace un rato. En ese momento, Elba pone la mano en la cintura de Jorge y le propone jugar al marido y la mujer.

Ella es la mujer, que acaba de llegar a casa, y él el marido, que estaba repasando unos apuntes para su charla del viernes por la tarde.

Jorge acepta el juego gustoso.

Fornican y se acuestan a dormir, muy temprano y sin sentirse marido y mujer.

En su desvelo, Elba busca un cigarro y se da cuenta de que olvidó el bolso en el salón. Semidesnuda, sale a por tabaco y encuentra también el libro—talismán que había comprado a un viejo vendedor un día antes. Sin embargo, ella recuerda haberlo comprado una semana antes.

[Creemos aquí conveniente hacer alusión a la posible incongruencia argumental que implica este desfase de seis días en el conjunto del manuscrito.]

Jorge asoma un momento con los ojos hinchados por la puerta del salón y, para ver si puede volver a la cama y soñar que está divorciado, pide un somnífero a una mujer que está sentada allí. Aun con la visión nublada de un noctámbulo, no le parece que esa mujer se parezca ni remotamente a la suya.

—Toma —le dice Elba, y le endosa sin preocupación el libraco de la suerte del viejo mago, mientras ella se sienta y se abriga para ver si la novela le encuentra el sueño de madre soltera que ha perdido. >>

Llegados a este punto, Gilberto da Costa ejecuta el primer malabarismo con su texto, que anticipa lo que sucederá después, pero en un modo que nadie puede entender hasta haber avanzado un poco más en el laberinto de la historia.

Elba sigue empeñada en terminar el novelón del que tanto se cansa, pero por una infinidad de obstáculos que Gilberto da Costa disemina magistralmente por todo el libro, a la chica le resulta imposible avanzar hasta el último pliego de letra de imprenta.

El lector —yo mismo sufrí la contrariedad que describo cuando me enfrenté a este engendro del demo-

nio— se ve atrapado entre el ansia por disfrutar la misma lectura que Jorge, por un lado, y la angustia de no saber en qué punto de la lectura acabará su deambular, por otro.

Visto desde cierta distancia, el problema quizá fuera una banalidad, pero desde el punto de vista del leyente, no hay por dónde orientar el vertiginoso curso de la ficción. El prodigio del portugués que ni siquiera nos han presentado empieza a convertirse en una maldición.

No sabemos cuántas páginas hemos leído, y eso es porque, naturalmente, no las hemos ido apuntando conforme avanzábamos. Y el problema no reside en el hecho de que podamos leer menos de la cuenta, es decir, que, debido a la peculiar disposición del engendro, saltemos por casualidad una página cualquiera, perdiéndonos así un suceso que nunca sabremos si fue una clave o una inocua descripción de un pasaje ya conocido; tampoco está el drama en recorrer varias veces un mismo pasaje, aunque pueda resultar divertido. No: el verdadero problema —que desquició a éste su crítico más leal hasta querer abandonar la empresa que considera su vocación—, es que tal vez, cuando vamos por la "mitad" del libro (por decir algo con sentido), ya nos hayamos saltado alguna página importante o, para usar las palabras con que lo describiría da Costa, nos hayamos saltado una página imprescindible.

¿Y si Elba, en un arranque de furia, de curiosidad, o simplemente, en un descuido —éste último tan típico de ella— coge prestado una noche el libro—talismán que Jorge está leyendo, y se lo termina de una sentada? ¿Cómo podemos estar seguros de que no ha sucedido tal cosa y que, por tanto, no importa hasta dónde leamos, ya que nunca sabremos si hemos leído un libro o sólo uno de los libros que podríamos haber leído en el manuscrito (según las páginas que hubiéramos descuidado)?

El asunto no tendría la menor importancia, si no fuera porque la solución drástica —a saber: repetir la lectura desde la página 54 “en adelante”— no nos ofrece ninguna garantía de que vayamos a leer todas y cada una de las carillas que componen el volumen.

He de confesar que, en cierto instante, la duda pudo más que yo y retrocedí para buscar aquella página perdida, aunque sólo fuera una posibilidad, y mis esperanzas de hallarla fueran del todo infundadas. Todos mis intentos fueron inútiles.

Cuando llegué a la página 90, tuve que volver a mirar las “anteriores”. ¿Quién sabe? Quizá Elba nunca compró un libro—talismán, sino dos, en días consecutivos, del segundo de los cuales nunca podré tener la certeza de que no existió. Quizá el vejestorio cambió su talismán por otro después de que Jorge acudiera a él

desesperado al ver el contenido –mortal o irrisorio, nunca lo sabremos– del endemoniado y caótico cuento a que vengo refiriéndome. Quizá la historia termina en un punto cercano al principio, de manera que Gilberto da Costa cierra un círculo aparentemente improbable, y luego podríamos disfrutar de novelas distintas según el punto de la historia al que llamásemos “comienzo”, si es que los círculos empiezan en alguna parte.

Pero un servidor, exhausto, volvió a la 206 para comprobar si era la segunda página de aquella máquina de tortura, y se dio cuenta, aterrado, de que quizá había sido demasiado confiado o inocente –y el autor más cruel y desalmado– al considerar que hacía falta omitir tanto como una página para trastocar el sentido del hilo argumental.

Volví a la 54 para leer, palabra por palabra, las líneas que conformaban su mensaje. Pero no pude terminar. Nada me lo impedía; excepto la duda. “Elba Montegrís es una lectora muy ávida de novelas y...”

Incluso ahora dudo de que la cita sea exacta. No he tenido tiempo de corregir todas las letras hasta asegurarme de que son las del original, en igual número y en su mismo desorden –porque de eso trata “Lendo Samba”, como no me cansaré de repetir aunque muchos disientan.

Deslizar mis ojos por cada carácter del volumen se había convertido en un auténtico calvario. Tuve que abandonar la lectura a medias. No recuerdo a nadie que sepa la segunda parte del argumento.

Yo no pude terminar el libro: fue el libro quien terminó conmigo. Pero aún puedo ejercer mi crítica, que es la labor por la cual me digno componer estas líneas.

Si quieren un consejo, ¡no lean el libro del señor Gilberto da Costa! ¡Es una trampa!

Pero queda una opción redentora para el portugués infame que nos ha puesto en las manos este tótem de la desvergüenza.

Quizá un portugués cualquiera no tendría ni siquiera la intención de hacernos llegar su –por otra parte– imposible historia. Sin embargo, no podemos desechar esa posibilidad. No somos quienes para hacerlo. Lo repito: esta obra sólo puede ser un engendro infernal, o bien –y tiemblo aun al decirlo– el mensaje de un dios; una misión divina que un hombre de carne y hueso llamado Gilberto da Costa ha conseguido interpretar y poner a nuestro alcance.

>Beigbeder<

Hay una estantería con libros de varios tamaños. El salón es modesto, bastante recogido, cálido. También hay un sillón.

Si Beigbeder alarga la mano, casi puede adivinar, con las gafas puestas, los títulos de los volúmenes. No es que conozca el orden de su librería. Conoce cada lomo, cada rótulo y cada color empleado en las ediciones que guarda cuidadosamente libres de polvo y de luz solar directa.

Hoy puede levantarse del sillón y palpar algunos de ellos, como si en un repentino ademán pudiera abrir una novela y sumergirse entre sus capítulos, a la caza quién sabe de qué misterio resuelto.

Pero hoy no va a leer. Hay un cuento bastante largo que yace un poco inclinado sobre la cubierta de otro, en el lado izquierdo del estante, allí donde la densidad de historias que acaban en punto y final es un poco menor que en el resto de la diversa colección. Desde donde está Beigbeder podría leer el título, pero sabe de sobra cuál es. Lo ha leído muchas veces. Nunca le ha gustado, no: aunque es un lector muy complaciente, nunca ha hecho disfrutar al libro.

El libro, no obstante, le tienta. Aun conociendo de sobra el argumento, aun pudiéndolo recitar de cabo a

rabo sin omitir ningún detalle, Beigbeder siente que un poder más allá de cualquier explicación del género que fuere lo impulsa y lo ata indisolublemente al recorrido de ese cuento. Le da la impresión de que si no continúa con su lectura, es decir, si no vuelve a leerlo una y otra vez, su propio recorrido estará incompleto. Y por eso, pese a que duda de la utilidad de preguntarse por ese recorrido y vislumbra que en esencia no existe un final para él, ni por tanto para el cuento, Beigbeder elude la resistencia.

No es un acto de cobardía. Es sólo una exploración. Es un avance táctico para que el grueso de la tropa vaya dirigido por un capitán bien informado; un capitán que, gracias a su explorador, haya podido descartar los cursos de batalla que conducirían con toda probabilidad a una fútil derrota y, en aras de lo simple, haga cruzar a su división por el terreno más apropiado y aguante el choque con el enemigo ostentando en su poder unas posibilidades de éxito más que razonables, que de otro modo habrían permanecido huérfanas.

Sin embargo, este razonamiento no convence a Beigbeder de la bondad de la opción de lectura. Pero sí atrae su atención hacia un punto que no había dado en considerar hasta ahora. En lugar de sentarse y dejar que el cuerpo de la historia deslice sus contornos por delante de su vista, ésta podría ser una buena ocasión

para detener la carrera en un punto intermedio; podría coger el libro y, en el segundo o tercer capítulo del cuento que odia, aminorar su ritmo, incluso tomarse un respiro, paladear esa pausa que lo invita a la reflexión, aunque el propio Beigbeder haya sido el causante de esa reflexión.

Ésa podría ser una manera de atacar con fuerzas instruidas su objetivo bélico de máxima importancia. El cuento ha de permanecer en la biblioteca mientras Beigbeder no pueda defenderse de él, mientras sea vulnerable a sus tentaciones, a sus intrigas, a sus pausas accidentales y provocadas, a su interminable final y su marmóreo comienzo.

Durante todo ese curso, el cuento debe permanecer a salvo de la luz directa del sol y de la materia corruptora de la habitación, que algunos entendidos llaman "motas". Beigbeder considera una obligación cumplir ese requisito con cualquiera de sus libros, y el que odia no merece por ello menos atención. Todo ese tiempo procurará mantener sus ojos abiertos, leyendo, hasta agotarse, aunque le falten el sueño y la salud; todo ese tiempo, sí, pero ni un minuto más.

Beigbeder aún confía en su victoria.

Un hombre rico intenta clonarse, pero ninguna empresa quiere correr el riesgo legal de ese ambicioso proyecto.

Como solución, este señor decide encargar un robot que se le parezca. Sin embargo, recapacita lo suficiente como para hacerse una copia idéntica. Ésa idea le parece mucho mejor.

Encuentra a un chico que tiene el talento, la habilidad y los medios suficientes para reunir un equipo de diseño y construir un robot así. El equipo, que es enorme —de unas 50 ó 100 personas, tal vez—, trabaja a destajo. A medida que el proyecto avanza van haciendo falta muchas colaboraciones que no se habían incluido en el presupuesto inicial. Pero, de todos modos, el plazo se cumple y el robot sale del laboratorio como un verdadero éxito.

El robot empieza a vivir la nueva vida del magnate, que por fin se retira. El chico que lo diseñó, no obstante, está agotado después del durísimo proceso contrarreloj: todo tenía que estar terminado antes de las elecciones y, de hecho, así ha sido. Pero el magnate no había explicitado exactamente eso. Sólo había marcado una fecha, y es el chico, el constructor, quien se ha percatado de que el robot estaría listo justo antes de los

comicios. El magnate está seguro de ganarlos, porque ha sobornado a unos cuantos funcionarios y ese método ya ha dado resultados en otras ocasiones. Más tarde, el robot asumirá la presidencia. Sin embargo, la que iba a ser la mujer del chico, rompe con él. Esto sucede, o arranca, durante la construcción del robot. Él la ignora, y ella se va con otro, de quien poco después sabremos que se trata del magnate. El magnate, por supuesto, es divorciado, y para colmo, se lleva bien con su ex.

En un principio, este señor millonario no tiene ningún interés en la chica. Pero luego la busca activamente —por cierto, el magnate ignora que la chica sea la novia del diseñador del robot. Por medio de su ex, el magnate hace que el chico se entere de que las elecciones están amañadas. Enfurecido al ver que su chica (la del diseñador) se va con su exjefe, el diseñador se propone destruir su creación, o al menos impedir, como sea, que llegue a haber un presidente mecánico.

Su intento es un fracaso. Según cuenta la mujerona al chico, su ex —el millonario— ya no quiere saber nada de asuntos políticos, así que le es imposible convencerlo de que abandone. Pero, en el fondo, la mujerona está utilizando claramente al chico: si su nuevo “marido robótico” llega a la presidencia y se lleva con ella igual de bien que hasta ahora, ¿qué no podrá la mujerona en el futuro, gobernando desde las sombras?

De todos modos, a la larga, la relación entre la chica y el magnate no funciona. Ninguno de los dos se queda a disgusto, pero tampoco se quedan juntos. Entretanto, el diseñador ha vuelto a sumergirse en su trabajo para encontrar, bien una modificación que anule el robot que él mismo creó (y cuya hora maldice, suponemos, ya que ahora se ha convertido en una figura popular, y según quién lo viera, podría parecerle que están quitando de en medio a una persona, no a una máquina), o bien una nueva investigación que le lleve a bloquear de alguna forma el resultado nefasto de las elecciones. Aunque la mujerona lo desalienta, y cada vez está más solo, lo cierto es que encuentra una forma de predecir la actuación del hombre-robot. De hecho, aunque sólo se dará cuenta más tarde, lo que ha descubierto es cómo predecir el comportamiento del magnate. (Es lógico: el robot aprendió a comportarse como él cuando aún no había dejado su cargo y sus quehaceres como hombre de negocios). Por supuesto, una extensión del método permitiría al chico predecir el comportamiento de grandes masas humanas, pero no le interesa. Y, además, no tiene tiempo, porque las elecciones están a la vuelta de la esquina.

Exhausto pero entusiasmado, avisa a su antiguo jefe —el magnate— de que sabe cómo impedir que su robot “clónico” gobierne el país. A estas alturas, el viejo mag-

nate ha pasado de una indiferencia total a una cierta preocupación por el asunto de su réplica robótica. En el fondo, quiere retomar su vida, por lo que el chico le dice que hay que reprogramarlo (al robot) enseñándole cómo es un “magnate ocioso”, y volviendo luego él a ocupar su cargo, por mucho que eso signifique asumir el gobierno. Es más: el ricachón es muy reacio a ello, pero los augurios del chico frustrado son muy poco alentadores: el país estará en serio compromiso si el robot da los pasos que hubiera dado el original humano.

Pero... un momento. Si el original y la copia iban a comportarse de la misma forma, ¿no podría ser que, en algún momento, se hubieran intercambiado? ¿Quién nos dice que no se han cruzado y se han puesto de acuerdo para fingir que uno era el otro y viceversa?

Ésa es la pregunta que la chica plantea al constructor. Éste empieza a dudar: ¿y si, desde el principio, hubiera sido un robot quien hubiera fingido ser humano para que crearan un clon de su molde, pero en carne y hueso? “No es posible”, se contesta a sí mismo el diseñador. “En principio, no hay ningún argumento a favor.”

Pero también podrían haberse cambiado los papeles después. Y, en ese caso, el magnate conseguiría que el robot gobernara en su lugar, y retirarse sin peligro para su propia persona.

Después de esa conversación con su exnovia, el frustrado se ve en la obligación de llamar a su jefe y confiar en él, porque es el único que controla los entresijos del poder y hace y deshace a su antojo en las altas esferas.

Bueno: la situación es bastante absurda, pues camino de las salas de justicia, donde el magnate ejercerá su influencia, éste detiene un momento al chico y le cuenta un secreto: no es un magnate de los negocios; es sólo un robot que hace mucho tiempo fue diseñado para proteger al país —al mundo, se entiende— de una situación así. No obstante, ahora no está tan seguro de que pueda evitar un desastre del calibre del que se avecina. Ni él mismo tiene constancia de quién fue su creador, así que no tiene a quién acudir, salvo al chico, y a éste acude. Le cuenta que encargó su doble humano para evitar que la mujerona adquiriera los derechos sobre sus acciones y sus puestos de influencia en la política, pero ahora el asunto se le ha ido de las manos —unas manos que el constructor juzga endemoniadamente parecidas a manos. No puede parar las elecciones, y tampoco puede matar a su magnate clónico, porque es un ser humano. Así llegan a un pasillo en que el robot se siente seguro para pedir al chico un gran favor: que mate a su “original”. Él no puede hacerlo porque su programa no se lo permite, dice. A

diferencia del magnate robot, el diseñador, como ser humano, es libre. Nada le impide frustrar los planes ajenos de dominio del mundo, aunque para ello tenga que matar a un semejante suyo.

La pregunta obvia es quién está detrás de un tinglado semejante. Y la respuesta, esperada, es la única mujer que se divorció de un robot sin saber que era un robot.

El asunto es disparatado y crudo —si uno se fija—, pero así nos lo cuentan. El robot conduce al chico hasta una rueda de prensa que en ese momento está concediendo el clon para defender su candidatura a la presidencia. Muy convencido, el robot pone un arma en las manos del muchacho, y se retira para entretener a la mujerona, que está entre los asistentes al evento. El chico, presa de terribles dudas, se encuentra a punto de disparar, aunque en el último momento, una mujer —su antigua novia— se interpone en la trayectoria del disparo.

En uno de los finales que el autor nos presenta, el chico dispara y liquida a su ex. Pero ello no impide que el robot logre su propósito: los guardaespaldas rodean al magnate, que baja asustado de la tribuna, y queda fuera del alcance de su exmujer, que también venía a matarle. Esto es lo que ocurre de cara al público, por supuesto.

Sin embargo, todo era una trama muy bien armada, y el orador no era más que un autómatas. El verdadero magnate descansa en su retiro, y poco después eligen presidente a una máquina con aspecto humanoide.

El segundo de los finales con que nos podemos deleitar al leer esta absurda historia es el siguiente:

Para empezar, la pareja de protagonistas es distinta. Está claro que el robot es un robot, y el conferenciante es un hombre de carne y hueso, que está hablando delante de los periodistas. Aun así, el chico no dispara el arma. En lugar de eso, se fuga con la chica, pero en su escapada, oyen un disparo. El grupo de periodistas ve a la mujerona, que ha matado a su exmarido. Entonces, el robot se ve obligado a incumplir su programa para matar a la que será, con toda seguridad, la presidenta —cuando todo quede aclarado.

Pero resulta que este embrollo no se aclarará nunca: acusan al diseñador de un complot para destruir el sistema político mediante un artilugio ilegal —el robot creado por él— y el chico, a su vez, acusa a la exmujer para librarse de los cargos contra él. No hay forma humana de que le crean; los dos inocentes se ven obligados a colaborar.

Él y la mujerona se cubren las espaldas mutuamente con sendas coartadas, aunque para ello tienen que fingir haber mantenido una relación íntima, cosa que

no mejora mucho la relación del chico con su exnovia. Sólo al cabo de muchísimo tiempo, destruidas ya las pruebas del equipo que estuvo operando a brazo partido para crear un clon humano que fuera lo más “robótico” posible, la pareja protagonista busca un lugar donde olvidarlo todo, un rincón donde contemplar como un suceso lejano aquello que pudo haber pasado, pero nunca llegó a pasar.

La mujer mayor acaba de presidenta y, sin dar noticias a su inventor, retoma en secreto las investigaciones justo en el punto en que él las había dejado. Aunque, en el fondo, un muchacho tan listo no podría dejar de sospechar que algo así tenía que suceder.

Es, en fin, voluntario por su parte el hecho de que en un futuro próximo, los robots —o los clones— vuelvan a ser objetivo y fruto de investigación, aunque no sabe muy bien si el resultado será semejante a lo que la presidenta más poderosa del planeta desearía.

Puede que pronto surja el convencimiento de que no hay lugar para los hombres en ese mundo tan poco lejano. Quizá tan próximo, tan próximo, que ya haya ocurrido.

>Postupuesto: el autor de un Libro<

El autor no pudo llevar a cabo sus planes. Sin embargo, nosotros podemos describir cuáles eran sus intenciones y, naturalmente, hacer una exposición de las cualidades de su obra, aunque él nunca sabrá —ni imaginará siquiera— cuáles han sido las consecuencias de su labor.

Os lo aseguro: él no puede engañarnos. Su trabajo ya está hecho. Él podría estar muerto, o quizá sólo retirado de la vida pública y no habría ninguna diferencia: nosotros estamos hablando sobre lo que él expulsó de su mente, sobre aquello que nos han presentado como obra suya. Pero, ¿qué sabemos realmente sobre el autor? ¿Fue él quien puso su firma en el texto?, ¿fue él quien lo redactó?

Ése es un asunto que se reduce a meras opiniones. No hay ninguna razón por la que debemos creer que no fue otra persona quien dispuso la narración a su gusto y luego se dedicó a divulgarla. Aún más: ¿qué motivo tenemos para pensar que lo que nos presentan en un libro es pura ficción, y que no contiene nada de verídico respecto a la vida de su creador? No me refiero a simples juegos en el límite de la alusión, ni a historias deformadas hasta el punto de lo irreconocible; no. Lo que pregunto es ¿cómo estamos seguros de que

el hombre –o la mujer– que escribió aquello no cayó en la tentación de contarnos sus auténticas vivencias?

El mismo autor, en su libro, nos pregunta acerca de ello; es decir, se pregunta a sí mismo:

“¿Acaso no estoy ilusionado, es decir, confundido, por la apariencia de cada uno de los textos que he leído? ¿Estoy seguro de que no ha tenido ninguna influencia en mí el saber que quienes los escribieron habían vivido una vida distinta a la de sus personajes? ¿Habré leído algún libro del que no supiera ni que lo ha escrito un amigo, ni que lo escribió un muerto famoso, ni que se trataba de una historia real, y no tan sólo de una maquinación del novelista? ¿No estoy disfrutando del arte de la literatura cuando leo un periódico, por ejemplo?”

Vemos claramente el carácter de diario, de crónica autoalusiva que imprimió el autor a su texto. Y ello no hace más que afianzar nuestra convicción de que él era consciente de sus actos, de que no pudo soportarlo más y contó, como si fuera verídico, aquello a lo que había querido dar una apariencia de ficción; y viceversa: escribió auténticas ficciones que, sin embargo, muestran unos episodios de debilidad en que el autor y su personaje principal son una misma persona. ¿No nos indica eso, a las claras, que el autor quería borrar par-

tes de su vida y dárselas a sus personajes? ¿No nos advierte de que no debemos tomar nada de lo que diga en serio, pues habría preferido vivir como su protagonista y no siendo él mismo?

El propio autor, por lo que intuimos, se habría preguntado esto que sigue antes de poner por escrito un atrevimiento semejante, y nosotros no podemos más que preguntárnoslo también: ¿contribuyó con su obra traidora al enriquecimiento del personaje, y por tanto de la fábula, o bien, como es más que probable, mostró su pobreza de espíritu como creador, y no hizo más que una concesión a la conciencia de que, algún día, al cabo de un tiempo, sería leído por unos críticos tan benévolos como nosotros?

Ya que ha llegado a nuestras manos, su obra ha tenido al menos un lector. Pero deberíamos preguntarnos si nos merecemos esto, precisamente esto que ha creado un inconsciente, un loco o —según otras interpretaciones—, un vulgar compositor de cuentos. ¿Nos importa a nosotros que ese hombre sufriera o disfrutara con su creación? ¿Cambia en algo el disfrute o el sufrimiento que nos pueda otorgar su lectura?

Al fin y al cabo, ¿qué importa cuántos lectores tuvo, ha tenido, o tendrá? ¿Se verá afectado el autor si por su ficción la gente vive de una forma distinta —leyéndole en vez de no leyéndole? Yo os lo diré: eso, al autor, no

le afecta en nada, igual que no le afectaría si hubiéramos encontrado su diario. ¿Se ofendería como una quinceañera insultada en sus más tiernas líneas de introspección y búsqueda de su lugar en el mundo? ¡No! ¡Claro que no! El mismo autor lo refleja en las páginas centrales de su largo cuaderno de anotaciones:

“Lo que me maravilla, lo que me impulsa a seguir haciendo un alarde de cualidades narrativas es ese fantástico juego que, aunque ya está resuelto, a mí mismo vuelvo a proponerme. Consiste en no saber cuál es la diferencia entre una obra buena y una obra mala, en ver cómo se funden las obras de los autores clásicos con las de perfectos desconocidos cuando decido eliminar de sus listas de honores todo lo que sé sobre ellos, cuando igualo el culebrón a la obra maestra de un autor ya muerto y enterrado.

Esa contraposición entre unas nociones sutiles, como la belleza y el entusiasmo, la decepción y la burla, por una parte, y un mundo perfecto y matemático en que cualquier cosa puede ser analizada y reconstruida sin diferencia alguna entre objetos de una clase y de otra, donde reina la absoluta exactitud, por otra; ese juego es el que me gusta.”

A continuación, el autor pasa a exponernos la vida de un niño imaginario al cual le habría gustado enseñar un libro tras otro, como si tratara de evitar toda

influencia maligna sobre él, puliendo y seleccionando cuidadosamente sus lecturas.

Por ejemplo, leyó para su alumno la historia de Momo, una chica que tenía la virtud de escuchar. También le contó que un autor ruso venido a Italia al final de la segunda guerra mundial había puesto un hermoso cuento por escrito. El cuento trataba sobre un guitarrista rico, que cuando se veía rodeado de pobres, regalaba el dinero de su gorra a cada uno de los pordioseros.

La cosa sucedía de esta manera —explicaba el autor ruso: el público imaginaba una canción, y al cabo de un momento, creían estar recordando algo que ya había ocurrido, pero lo que pasaba en realidad era que el sonido musical de la guitarra se había puesto a reproducir aquella misma canción que los pobres recordaban; y, como la guitarra era dueña del guitarrista y de su gorra, le hacía tocar con sus manos la melodía que se repitiera en cualquier momento en la cabeza de toda la audiencia. Después, la guitarra lo obligaba a pasear la gorra ante los pedigüenos. Éstos iban tomando, uno a uno, algunas monedas de la gorra hasta que, vacío, y repartidas todas sus pérdidas, el guitarrista se la ponía de nuevo, y como buen sirviente de la guitarra, regresaba a su casa para seguir ensayando formas de llenar la gorra con un número cada vez mayor de monedas.

No le gustaba ser rico y tenía ganas de que todo el mundo viera lo aburrido que resulta ser maestro en la guitarra. En la cabeza del músico rico sólo había un tintineo de monedas, y por eso tenía una terrible envidia de los pedigüeños, que escuchaban sus canciones de memoria, y no tenían que tocar ningún instrumento infame, cruel y despótico para perder la vida.

El cuento —eso estaba claro— era muy típico del autor, aunque el niño era demasiado pequeño para darse cuenta de eso. Así, en su hijo que nunca tuvo —en su alumno—, el autor —el profesor— se redimía de su soberbia.

Un día el chico trajo un cuento escrito por él. El autor lo leyó con paciencia, aunque estaba deseando ponerse furioso.

Al cabo de unos días, volvió su discípulo y hablaron del cuento. El cuento advertía de los peligros de dar por supuesto que todo el mundo lee los mismos libros, incluso cuando se los prestan unos a otros. (Por ejemplo, los maestros a los alumnos —podía querer decir el cuento del niño). ¿Y si un lector cualquiera se equivocara y, en vez de Blancanieves, descubriera que ha leído una historia sobre una manzana? Podría suceder, ya que todo el mundo comete errores de lectura.

Pero el argumento es rechazado por el autor, que lo juzga demasiado filosófico, y le dice al niño que juegue con otro tipo de cosas, que los malentendidos lin-

güísticos son para lingüistas entendidos. Que algún día propondrá un juego que guste a todo el mundo, pero que, mientras tanto, juegue a lo que juegan los demás; o sea, a leer todos lo mismo.

Los libros siempre hablan igual: es la norma. Pero el niño cuentista piensa que no, porque Momo es un nombre de chico, no de chica, y su historia es un rollo, así que el profesor debe ser uno de esos que aprendieron a leer cuando los libros no hablaban igual que ahora, cuando había más de un final para cada manzana, más de un principio para Blancanieves... un tiempo en que uno no podía equivocarse ni en una letra, o ¡suspense!

Pero en el futuro —conjetura el niño en su cuento— habrá unos libros que todo el mundo podrá leer igual, si quieren; y otros —también si se quiere— con los que se pueda jugar. Los primeros serán instrucciones, y los segundos, cuentos fabulosos.

En ese tiempo, que no le parecía a nadie muy lejano, algunos hombres contarán su vida como si fuera un manual de precisas instrucciones; otros, como si fueran protagonistas de una fábula —o sea, como unos animales cuentistas o, lo que es lo mismo, mentirosos.

[Incluir lo de que los lectores pueden equivocarse en una de cada cien palabras, por ejemplo, lo cual cambiaría, por ejemplo, dos páginas completas de una novela normal y corriente: es decir, nada de absurdas teorías de la interpretación, y de que el lector es quien crea la obra. ¡La literatura es un completo error! ¿No se dan cuenta? Por eso cuando hablamos de “La vuelta al mundo en ochenta días” nadie recuerda exactamente los mismos incidentes. Eso sería menospreciar disparatadamente la memoria humana, pues está comprobado que podemos recordar con todo lujo de detalles una vida de cien, ciento diez, o incluso ciento veinte años. ¿Cómo no íbamos a recordar una aventura en paquebote?]

[Y por poner un ejemplo de dos lecturas completamente diferentes de “la misma historia”, Don Quijote de la Mancha. Una, la del “maestro”, y otra la del “aprendiz”]

<<Colección nómada#4 (2ªedición, Diciembre'06), (1ªedición, Enero'06) Título Original: *Cuentos de Octubre*, Autor: *Gilberto da Costa*, porque todavía funciona cambiar de nombre y camisa. Seguimos en la línea, y sin derechos de autor, pasándonos por el forro la exaltación que la industria cultural -¿se puede decir esto?- hace del reconocimiento y la vanidad, La máquina porpone hacer serpentina con estos literatos de m_e_d_, A la niña de sus ojos no la quiero ni ver, Y más de mil ejemplares distribuidos uno a uno pels carrers de Barcelona, El romance con la imprenta sigue su idilio ejemplar; Sangre, sangre y más sangre, La guillotina siguió su camino, Nosotros el nuestro, Dónde estás cigüeña que tan poco se te ve, Ed. la Vaca no nos quiso prestar sus textos, No pasa nada, Sin Patrón en todas las esquinas, Pa'ti el dedo que tú quieras Ansiaputa, Tranqui tonqui, que si empezamos a robar vamos al 50%, Ricardo, ¿cuál es el debate?, si yo no te discuto que no haya que hacer efectiva la toma de poder, pero *De la miseria en el medio estudiantil...* se editó en el 66 no en el 68, Tú ya me entiendes, ¿verdad, Carmen? Ahora bien, ¿qué pasa en el *mientrastanto?*, Si les quedan dudas, escriban sin falta a **anagal@no-log.org**, Si encuentran respuestas, compartan esa riqueza, Nota: en nómada#2, dijimos que incluiríamos un catálogo próximamente, pues ahí lo tienen, en la última página, Y Andrius dice: estaban desorientados pero sabían a quién engañar. Fins Aviat>>

> *brújula* <

La forma de las Nubes	3
El Chino	7
En Conclusión	11
El buen Padre	13
El Inmortal	15
El Olvido	17
Morir una Vez	19
No hay por qué Darlas	20
El cuento de la consulta. <i>Uno</i>	24
Conversación Privada	26
El cuento de la consulta. <i>Dos</i>	28
Cuento con escalera de Incendios	30
El cuento de la consulta. <i>Tres</i>	33
Peligrosamente	35
Males y Remedios	39
Título de curso Legal	41
Venganza	44
Roma	47
Cadáver y autor del Crimen	51
El argumento de Yaiza	54
Alquileres Comosellame	59
La Quiniela	67
Lendo Samba	70
Beigbeder	78
Argumento	81
Postupuesto:el autor de un Libro	89
NOTA INACABADA DEL AUTOR	96
MANOS Y OBRAS	97

envíame un mail
con "sí, quiero" a
anagal@no-log.org
y recibe el **catálogo** 
o vístame a deshoras en
http://anagal-maquina.
blogspot.com/

 SUSCRIPCIÓN A ANAGAL:

Elegir 3 títulos del catálogo=10€

5 títulos del catálogo=16€

10 títulos del catálogo=30€

GASTOS DE ENVÍO INCLUIDOS



[...]

La masa encefálica de Julián pasó, no a mejor vida, sino a la misma vida, intacta, igual de gris e igual de obtusa que en la mayor parte de su inútil vida útil, y la bala de la ametralladora entró en su cavidad torácica, rasgando el tejido epidérmico, luego el mesodérmico, el endodérmico más tarde y, al fin, perforando el tejido muscular estriado cardíaco, y deteniéndose en el fondo de su corazón.

El corazón de Julián dijo "adiós, mundo infiel, a dormir me dedico desde este justo instante".

Sin él —sin el corazón que cantaba dentro de su pecho—, Julián no supo apanárselas para hacer otra cosa que manar sangre por todo el pechote, convirtiendo su camisa en un escándalo ciertamente muy tibio.

[...]

no copyright-no cry



>texto íntegro<
segunda edición

no copyright-no cry
no copyright-no cry



LAGANA